



NUEVA YORK: EDITORIAL TRÍO, INC., 1995, 230 páginas
Ilustración © Per Marquard Otzen

Para ella

RECONOCIMIENTO |

Muchos de estos trabajos fueron originalmente publicados en periódicos y suplementos literarios en la República Dominicana.

Así, los poemas “Patria en el fondo de un lamento”, “Después de ti” (como “Escándalo del frío”), “Tu amor, muchacha”, “Homenaje”, “Los muertos se quedaron solos”, “Cuando termine el invierno”, “Cuando empiece la primavera”, “Había una bella mujer en el barrio”, “Otra vez sobre mi padre”, “Cuántas cosas le pedía”, “Grado de una tristeza” y “Defensa de la tristeza”, y la narración “La devuelta” fueron originalmente publicados en el suplemento “Cultura”, dirigido por el periodista y narrador Bonaparte Gautreaux Piñeyro, del periódico *El Nacional de ¡Ahora!*

“Ya no hay qué esperar”, “Bésame y déjame solo”, “Marinelly”, “Árbol derribado en la noche”, “Casi llegando al cuerpo” y “Luz en el agua” en la página literaria, a cargo del escritor Rodolfo Coiscou Weber, del periódico *El Nuevo Diario*

“Alumbramiento para el alba”, “Derrumbamiento”, “Cuando está lloviendo”, “Subir de olas”, “Presencia”, “Sucede”, “Levantamiento roto” y “Orientación de la carne” en el suplemento “Isla Abierta”, dirigido por el pianista y poeta Manuel Rueda, del periódico *Hoy*

“Entonces la noche” y “Casi llegando al cuerpo” en la página literaria, a cargo del escritor A. Urbáez, del periódico *El Sol*

“Defensa de la tristeza” fue originalmente publicado en el suplemento “Cibao”, dirigido por el periodista Carlos Manuel Estrella, del periódico *La Información*.

A ellos, pues, nuestro profundo agradecimiento.

EL AUTOR

Pursewarden, who was gravely drunk, took [Melissa] to the floor and, after a moment's silence, addressed her in his sad yet masterful way: "Comment vous défendez-vous contre la solitude?" he asked her. Melissa turned upon him an eye replete with all candour of experience and replied softly: "Monsieur je suis devenue la solitude même."

Lawrence Durrell, *Justine*

[Pursewarden, que estaba verdaderamente borracho, sacó a Melissa a la pista de baile y, después de un momento en silencio, se dirigió a ella de una manera triste y sin embargo hábil: "¿Cómo te defiendes de la soledad" él le preguntó. Melissa lo miró con todo el candor de la experiencia, y le contestó suavemente: "Caballero, yo soy la soledad misma."]

NOSOTROS LOS TÍMIDOS

1

LOS ROMÁNTICOS

NUNCA SE CONOCIERON hombres más taciturnos,
más inocentes, más extraños,
y con más valor para morir en los ríos de los campos:
caminaban diariamente las calles, en grupo,
y al caer el sol se reunían con sus amantes,
y amanecían perdidos en los bancos públicos,
besándose como borrachos.

No eran héroes ni políticos ni sacerdotes.
No eran grandes tan grandes
ni hacían otra cosa que no fuera amar
a sus amantes:
nunca construyeron casas, edificios, en fin: barcos.
Sólo vivían, detrás de la ferretería,
esperando que un día alguien preguntara por ellos.

Nunca mataron ni robaron,
nunca pensaron ser héroes
o construir una patria en el cielo del Dios Malo,
en fin: casarse con doncellas en aquellos turbios veranos.
Pero prepararon sus cosas, un sábado de calor,
se fueron lejos
y ni siquiera escribieron cartas o poemas de amor
a sus amantes.
Pero cada cierto tiempo -continuamente por abril y mayo-
la gente pregunta
por los románticos.

HABÍA UNA BELLA MUJER EN EL BARRIO

HABÍA UNA NUEVA y bella mujer en el barrio:
en las tardes parecía construida
en el rápido movimiento de la miel.

Había una bella mujer en el barrio:
paseaba después de las dos
por las calles Mirador y Central:
era bella, y los muchachos la hablaban
de ruidos caídos sobre concubinas solitarias,
y yo sólo pensaba, muriéndome de frío,
en aquella inmóvil y perfecta figura de mujer
dormida y desnuda en la cama,
y golpeaba mi corazón en el aceite,
recordándola detrás de la ventana cerrada.

Había una bella mujer en el barrio:
arrastraba a los muchachos por sus fotografías de cumpleaños:
cruzaba las calles sonriendo
—y a veces llorando— y no hablaba con nadie:
tenía un corazón grande grande
y parecía toda una puerta derrumbada por un enamorado borracho
cuando los muchachos le preguntaban
por qué no se quedaba hasta las ocho
y le preguntaban si eran celosos sus padres
o si estaba casada.

NOSOTROS LOS TÍMIDOS

Los tímidos no tenemos lugar en la tierra:
la madera se cierra de súbito como una ola estrellándose
al leve movimiento de nuestras manos por el aire.

No tenemos oportunidad,
no tenemos lugar en la tierra:
sólo tenemos el llanto,
una que otra muchacha rota a media calle
y tal vez una secretaria aburrida y frustrada.

Los tímidos no tenemos una segunda
ni una primera oportunidad sobre la tierra:
nos toca esperar la hora del autobús o el tren,
solitarios y tristes sobre bancos fríos,
mientras ellos se besan abrazados,
riéndose de la luz.

Los tímidos no tenemos oportunidad sobre la tierra:
del reparto, nunca nos toca nada:
siempre llegamos tarde.

ES MARAVILLOSO MORIRSE JOVEN

ES MARAVILLOSO MORIRSE joven, bien joven:
sobre todo cuando se tiene sólo veinte años.

Es una hermosa experiencia
y es una lástima que no pueda repetirse:
cuando te mueres a los veinte años
a tu funeral vienen muchachas de senos redondos y movedizos,
señoras recién casadas,
niñas adúlteras, viudas solitarias,
prostitutas de ejecutivos y diplomáticos,
y no duermen durante muchas noches,

pensando en tu rostro hermoso, en la miel de tus ojos,
soñándote más allá de las sábanas y los besos:
pensarán que estás con ellas, en las sábanas, en el baño:
estarán dispuestas para el adulterio.

CREÍAMOS TANTO EN EL AMOR

CREÍAMOS TANTO EN el amor:
tanto creíamos.

Creíamos tanto en el amor:
creíamos que estaba en la cama,
en hacer el amor durante la siesta,
en los números o en los paseos por el jardín
o tal vez en los besos en el sofá de la sala.

Creíamos tanto en el amor:
tanto creíamos.
No sabíamos nada,
sólo recordábamos algunos derrumbamientos entre Papá y Mamá,
algunas contradicciones entre novios y hermanas
y una que otra derrota entre vecinos.

Creíamos tanto en el amor.
tanto creíamos.

MARINELLY MI COMPAÑERA

Marinelly mi compañera ha muerto.
Apenas anoche estábamos juntos
tomando cervezas en el mostrador del bar
donde ella ganaba el dinero que luego repartía conmigo
mientras nos moríamos de ganas en la cama

y mientras ella me pedía a lágrimas y a besos largos y sucesivos
que nunca la dejara sola en estos pianos oscuros que huyen
deslizándose entre espacios vacíos,
porque la vida le sería difícil y hasta quizás inútil.

Marinelly mi compañera ha muerto.
Anoche tomábamos juntos y me repetía lo mismo:
que nunca la dejara sola porque un día terminaría pudriéndose
y en este mundo sólo me tenía a mí.
Pero Marinelly -ya lo he dicho más de una vez- está muerta.

Marinelly mi compañera está muerta.
Apenas anoche nos tomamos la última cerveza en un mismo vaso
como ella siempre me lo pedía.
Quizás por eso me habló de personajes de nombres largos.
¡Qué melancolía: Marinelly mi compañera está muerta!

UNA CARTA DE PAPÁ

PAPÁ ME ESCRIBIÓ de Nueva York
—porque él vive allí desde que yo tenía nueve años—.
"Sé que dirás algo", escribe.
"No es justo que te rompan la cara,
que te echen como ladrón de tu casa.
"Estoy seguro que no te quedarás callado,
que dirás por lo menos algo".

Y es casi una desgracia, pero no diré nada,
no diré nada:
ni una ni dos ni tres palabras:
él mismo me lo aconsejó una noche
cuando discutía cosas de muchacho con una hermosa muchacha:
"al enemigo", me dijo, "no se le da importancia:
después coge alas".

DÉJAME CAER SEÑOR

Déjame caer, Dios mío.
Déjame caer de alto y de un solo golpe.

Déjame caer, Dios mío.
No del techo de la casa que siempre termina derrumbándose,
a veces por la lluvia, otras veces por la carga de flores.
No de las nubes blancas que flotan como sujetadas por puertas
ni de las azules.
No desde donde andan los aviones militares.

Déjame caer de alto, Dios mío,
y de golpe.
No desde donde andan los astronautas norteamericanos
y donde está el Dios Malo.
No desde el sol que se acumula en la ventana cerrada.
No desde donde las estrellas son grandes, más grandes, y están limpias
de manchas y otras cosas.

Déjame caer, Señor:
déjame caer desde alto:
desde donde estás.

Primero, Dios mío, súbeme alto: después,
déjame caer de un solo golpe.

NOSOTROS LOS TÍMIDOS

2

PRETEXTO PARA LA MUERTE

SÓLO UN LOBO blanco rompiendo barcos, uniendo piratas,
sólo una terrible agonía de guitarras:
sólo una soledad última, sólo un presagio duro y definitivo.

Ya no faltan piernas de funcionarias
ni rodillas de muchachas tristes y universitarias
ni acercamientos de cuerpos gordos buscando ternura:
no falta un “son de allí” ni un “todo tiempo”
sólo una orden de acecho, una hora de cosa dura y definitiva,
sólo un lobo blanco rompiendo barcos, uniendo piratas,
sólo una terrible agonía de guitarras,
sólo una soledad última,
sólo un presagio duro y definitivo
que pasa por el corazón dando saltos.

DERRUMBAMIENTO

¿QUÉ PASÓ CON tus rodillas y con tu sombra?
La tarde me pareció triste y el sol hedía a cadáveres,
y no me llamaste.
El viento estaba cansado y las ramas de los árboles ocultaban
los pájaros.
Las flores morían en la lluvia, y el sueño murió temprano.

Ay, qué pasaría con tus ojos.
La lluvia era violenta y la muerte cruel, y no me llamaste.
Los verdugos eran oscuros y sus sombras parecían caballos.
La nieve y el sudor eran de sal, y el cielo estaba mojado.
Los niños jugaban con el agua,

pero su reino había partido
en la melancolía que deja el alba.
Las rodillas eran suaves y los zapatos estaban abandonados.

¿Qué pasó contigo y con tu victoria reciente de agua?
El amanecer fue moribundo y la tristeza separaba las olas,
y no me llamaste.
Eran las seis, y algunos ciegos sin nombres te buscaban.

SUCEDE

SUCEDE EN CASAS vacías, en fugas de estatuas subiendo;
sucede en piernas parecidas, en flechas dirigidas a la cabeza;
sucede en besos con estructuras de hielo,
en extensiones de oro, en damas atravesadas por el medio;
sucede en manos que se rompen en el corazón;
sucede cuando la voz duerme atravesada por sombras blancas:
la oscuridad se forma lentamente, como cristales,
y los hambrientos van buscando formas.

Sucede en la piel de alguien caído de súbito en la noche;
sucede cuando su influencia cae
entre minerales de minas oscuras:
nadie puede verla ni tocarla:
el pan cae entre su vacío de cosas gemelas.

Sucede en objetos que se van gastando lentamente,
en besos inmóviles, en amor derrotado en la luz.
Sucede en noches pintadas de blanco,
en ríos que pasan llorando:
las calles se van entre cabezas torcidas,
entre piernas reconstruidas y largos telegramas:
derrotan mi corazón,
rompiendo buques y puertas cerradas.

PROTÉGEME DE LA SOLEDAD

PROTÉGEME DE LA soledad, compañera:
protégeme las veinticuatro horas,
detrás de las puertas cerradas y debajo de las ventanas.

Protégeme de la soledad, compañera:
cuando las muchachas pasean por las calles más vacías
besándose con sus novios borrachos;
cuando los enamorados pasan abajo,
húmedos y besándose como locos entre la lluvia;
cuando veo la muchacha rubia en la galería de hielo,
escribiendo cartas de amor a marineros, llorando,
y sonriendo a su compañero de casa.

Porque te necesito de pronto:
entonces te busco en la casa, en los objetos,
en las cosas pintadas de blanco y que huelen a miel,
y sólo veo las cosas creciendo creciendo
y este húmedo amor de tímido borracho
que a cada golpe en el frío
pasa por el corazón dando saltos.

APRESURANDO LA AUSENCIA

SIN ODIO, SIN rencor por las cosas muertas
y abandonadas debajo de los puentes cerrados,
espero el momento de la despedida,
el momento de ocultarme en la cocina
o detrás de la puerta.

Es el momento: la salida.
Afuera, los pasajeros,
militantes de todo un sistema de frío,
aprovechan las horas, los minutos
distribuyendo sus manos entre cuerpos que esperan besos, sólo besos.

Y yo el solitario, el frío buscando objetos antes tocados,
la veo detrás de la cama, preparando sus cosas de extranjera,
esperando la hora,
la luz que sonará en la puerta.

Qué larga entre objetos tocados era, entonces.
Qué amor nos unía más allá de la carne,
más allá del desorden y de la urgencia,
mientras arriba cruzaban cosas veloces
y el arroz crecía esperando gritos.
Y sin embargo,
pronto se irá como vino,
y romperá los calendarios marcados:
iré a la cocina, entonces,
controlando el desorden,
buscaré el cuchillo largo, con cabeza de religión moderna,
y esperaré ansioso la hora definitiva de la luz
detrás de la puerta.

A VECES

A VECES CRUZO sus territorios
y transito por sus alas.
A veces entro a su cuerpo dormido, a su casa cerrada.
A veces entro a su geografía
y estaciono mi cuerpo en su alma.
Entonces creo en su constitución, en sus dos estatuas;
en su corazón, en su sangre blanca.
Pero también, a veces,
cruzan abogados,
ejecutivos más altos;
cruzan también doctores, diplomáticos
y hasta criminales blancos:
no hay, entonces, espacio para mi alma:

su geografía y todas sus puertas están condenadas.

DEFENSA DE LA TRISTEZA

SI OCULTANDO MIS labios y cortándome las manos
para que tus ojos no los toquen,
si andando solo en la oscuridad
temiéndole a la iglesia inmóvil
de tu pelo,
si dibujando flores marinas
para no ver tu rostro,
si entonces
no entendieras
por qué tu nombre tiene algo de sombrío, de destrucción,
por qué tus ojos me llevan al mar y a la soledad
me comería la tristeza
para que tu ternura y tu belleza no me reconozcan:
me moriría el lunes más triste y más amargo
para que la madurez del alba no partiera de tu cuerpo,
para que tu corazón huyera sin sombras, lentamente,
sin contagiar mi sangre.

Pero el silencio sube y el agua crece
llenándose de alas:
¿por qué ciertas manos levantadas en lo sombrío alimentan mi soledad?
¿Por qué tus ojos están llenos de sollozos y de peces?
¿Por qué aún anda un viudo melancólico, solitario,
preguntando por la pareja que se duerme besándose bajo la luna?

VEN A BUSCARME A LAS DOCE

VEN A BUSCARME exactamente a las doce, compañera:
cuando los cuerpos se rompen en mitades
y las hembras sin machos corren desnudas y con zapatos
por fríos territorios de caballos:

tirado detrás de la puerta,
con tu retrato en los bolsillos,
entonces,
estaré esperándote.

A las doce, compañera,
llámame a la puerta, recorre mi casa de soltero enamorado:
búscame entre las cosas pintadas de blanco,
entre los objetos de la cocina:
alguien caerá en propiedades de infieles,
en ilegales hoteles y galerías más redondas:
pero estaré esperándote.

Ven a buscarme exactamente a las doce, compañera:
cuando los cuerpos se rompen en mitades
y buscan territorios movedizos:
nadie estará detrás de la ventana cerrada, vigilándome:
nadie podrá hablarme de la muerte
mirándome a la boca.

Intermezzo

CONSUMACIÓN DE UN PRESENTIMIENTO

Ella siempre insistió con sus padres. Esa casa no le gustaba. No sólo por el río, o por la casa de prostitutas en la acera opuesta, sino también por la tensión, por los continuos disparos y, sobre todo, por su enfermedad de inútil. Además, cuando remodelaban la casa para el matrimonio, ella sugirió que destruyeran el viejo retrete de los trabajadores, pero su padre dijo que luego serviría para algo.

Eran las nueve y ella estaba en la sala, porque hacía mucho calor, cuando el hombre entró, con las manos ocultas en el trasero, en medio de las piernas.

—¿Dónde hay un baño? —preguntó.

No fue su culpa. Ella siempre insistió para que cambiaran de casa. Además, ellos habían dejado la puerta abierta. Y ella sin poder moverse libremente.

—No hay *baños* en estos lugares —dijo. Iba a decir que no fuera tonto y dijera *sanitario*, pero no lo dijo. Volvió a repetir—: No hay *baños* en estos lugares.

El hombre se iba ya, pero lo vio. Allá, donde una vez había estado el rancho de los trabajadores. Estaba en el fondo del maltratado jardín, y la puerta estaba abierta.

La miró, y sólo entonces pareció advertir su enfermedad. Caminó rápidamente en dirección del viejo retrete, aunque ya tenía el trasero mojado. Cayó al suelo antes de alcanzar la mitad del jardín.

Ella, aún en la sala, lo vio y no se movió. Sólo cuando sus ojos se encontraron y ella advirtió su desventura, corrió cayéndose a levantarlo. Estaba sucio ya.

—Estás mal —dijo ella.

Pero él seguramente no la escuchó, porque estaba inmóvil. Con dificultad, logró arrastrarlo hasta la calle, cruzando el jardín y la sala, y lo dejó en la acera. Nadie la vio. Estaba segura. Cerró la puerta de un golpe y entonces advirtió el milagro: ella podía caminar. Bueno, por lo menos moverse. “Dios mío”, pensó, “no es posible; cómo lo hice”.

A veces auxiliada de las paredes, limpió el sucio que dejó el cuerpo del hombre en todo el trayecto desde el jardín a la calle. Sin embargo, poco después, advirtió que en el jardín permanecía un olor extenso, caliente, que el cálido y casual viento arrastró inmediatamente a la sala. Pero cuando trató de explicar el mal olor, advirtió que había una mayor diferencia: en el jardín, era un aroma a excrementos; una vez en la sala, el olor se propagaba y parecía convertirse en un olor a flores quemadas. Caminó a la cocina, buscó trementina, y la regó donde el hombre había caído en el jardín. Pero el olor se agudizó aún más, y cuando regresó a la cocina, ya el viento lo había arrastrado hasta allí. Pensó que tenía que hacer *algo* para que el olor desapareciera antes del sábado. Fue a buscarlo. Abrió la puerta, lentamente, evitando ser vista. Ya dos mujeres lo llevaban, cruzando la calle. “¡Las prostitutas, Dios mío!, pensó, cerrando la puerta de un golpe.

En la noche, el calor persistió. Con el calor, también el mal olor persistió. Era más suave, pero ya había invadido toda la casa. Cuando sus padres regresaron, empezaron las preguntas, y continuaron después con la llegada de su novio Ricardo.

—Es insoportable —dijo él.

—Qué —preguntó ella. Estaba pensando cómo hablarle del milagro, sin hablar del extraño o del mal olor. Entonces se le ocurrió: cuando le mostrara el vestido de novia, le hablaría del milagro—. ¿La noche o el calor?

—No —dijo—. El mal color.

La noche fue difícil. Ricardo sólo hablaba del mal olor. Ella llegó a olvidarse que tres días después, el sábado exactamente, era su matrimonio. A pesar de su enfermedad. Esperó, toda la noche, el momento oportuno para darle la sorpresa, pero él nunca estuvo de buen humor. Quería mostrarle el vestido de novia que le habían regalado sus padres, el martes. Iba a comentarle sobre el color rosado, como siempre lo soñó después de su enfermedad y, sobre todo, cuando lo vio graduarse de médico aquella tarde tan lluviosa como inolvidable. Entonces, le mencionaría el milagro —sin

darle demasiadas esperanzas, por si acaso. Pero toda la noche sintió miedo. Y ese continuo olor.

—Parece de perro muerto —dijo él después de la cena, cuando retornaban del comedor a la sala.

Ella iba a decir que parecía de flores quemadas, pero no lo dijo. Ya estaban en la sala, y pensó que su padre, en el comedor, los escucharía discutir, y podría volverle a sacar en cara, delante de su novio, su enfermedad de inútil. Así estuvo hasta que Ricardo la llevó allí, al jardín que ella había construido con piedras, formando dos corazones, y donde él la besaba hasta altas horas de la noche. Pero eso fue antes de la enfermedad, cuatro años atrás, cuando compartían clases en la universidad y eran novios felices. Ahora las cosas habían cambiado. Hasta las caricias eran forzadas.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Ella iba a contarle el milagro, pero cambió de idea.

—Es el olor —dijo.

Su novio se despidió después de las nueve. En principio no le sorprendió que se marchara dos horas y casi treinta minutos antes que de costumbre, pero después, en la cama, no lograba dormirse, tratando de encontrar una razón a su apresuramiento.

—¿Pasa algo, María Getrudis? —preguntó su padre detrás de la puerta cerrada.

Ella lo adivinó pegado de la pared, escuchando sus movimientos de inválida, adentro. Apagó la luz.

—Escribía una carta —mintió.

—¿Una carta? ¿A quién?

—A una compañera —dijo—. Está en el extranjero.

Fue en la mañana, durante el desayuno en el comedor que miraba a la calle, cuando experimentó la sensación. No supo cómo vino, pero la sintió hasta en los huesos. ¡Dios mío, se moriría! Se moriría sólo dos días antes de su matrimonio, Dios mío. Eso era la explicación del milagro de ayer. Su padre la miró, en el otro extremo de la mesa, y pareció advertir su desventura.

—No dormiste —dijo—. Estuviste llorando.

Lo miró.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

Su madre, al lado de su padre, la vio también. Entonces sí ella se

asustó.

—¿Cómo lo miro? —preguntó.

—Como si... —empezó a decir él. Miró a su mujer, como preguntando algo—. Como si... estuvieras pensando en suicidarte.

Su madre se levantó, y ella la vio perderse en el pasillo que iba a la cocina.

—Cómo puedes pensarlo —dijo.

Su pregunta pareció convencerlo.

—¿Estuviste llorando? —preguntó sin embargo.

Ella no sabía qué decir. Su madre apareció por el otro comedor y la defendió.

—Es el matrimonio —dijo—. Siempre se tienen pesadillas.

Aprovechó la interrupción y le pidió a su madre que la ayudara a ir al jardín. Sentía rencor por su padre; siempre lo tuvo. Él la ofendía constantemente por su enfermedad de inútil y últimamente lo hacía con más frecuencia. Quizás por eso precipitó la fecha del matrimonio.

En el jardín, cuando su madre se fue, empezó a llorar suavemente, como siempre lo hacía cuando se quedaba sola en la casa; pero esta vez se sorprendió. En una visión fugaz vio las flores. Estaban quemadas. Las flores por donde había arrastrado el cuerpo del hombre estaban quemadas. ¡Dios mío, las flores estaban quemadas! Entonces sí estuvo segura. Se moriría. “¡Dios mío”, pensó. Y lo decidió rápidamente. No se moriría mientras estuviera vestida de novia. Ella lo sabía. Como pudo, entró al cuarto y se cambió el vestido. “¡Dios mío!”, pensó. El vestido le quedaba un poco largo y quizás hasta un poco ancho. ¿Acaso estaba muerta, y sólo su espíritu deambulaba por la casa? Pero no, ella sabía y sentía que estaba viva. Empezó a sudar. No lograba entenderlo, pero sudaba y tenía miedo. Si se había probado el vestido el martes y estaba segura que ese día estaba exactamente a su medida. “¡Dios mío!”, se decía. Cada minuto sentía menos sus piernas. Pensó qué haría para ir a la cocina y buscar la comida que su madre le dejaría preparada.

Había perdido la noción del tiempo cuando sonaron los tres golpes en la puerta. No había sentido cuando sus padres se fueron, y ahora sonaban los golpes. Y ahí lo entendió. Sería en un accidente. Sí, moriría en un accidente. Pero no le dio miedo, porque *sabía* que no se moriría mientras estuviera vestida de novia. Auxiliándose de la pared, cruzó el comedor y la

sala.

Era el desconocido. Ella quiso cerrar la puerta, pero él se lo impidió introduciendo un pie a la casa y mirándola. “Dios mío”, pensó, “durmió con las prostitutas”. Entonces se dio cuenta que estaba descalza y llevaba el vestido de novia.

—Vine a darle las gracias —dijo él, todavía con un pie dentro y el otro afuera.

—¿Las gracias? —preguntó. No lo entendía. ¿Era, acaso, también cínico?—. ¿Por qué?

—Por lo que hizo ayer —dijo.

Ella lo examinó. Parecía decirlo de todo corazón. Además, estaba limpio y había cambiado de ropa. Lo invitó a pasar y él la ayudó a caminar, recogiendo el vestido que arrastraba por el suelo.

—Lo siento —dijo ella, en la sala.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por dejarme pasar o por el vestido?

—No, no. Por lo de ayer.

—Ah —dijo él.

No supo precisar cómo fue ni quién comenzó, pero cuando lo descubrió estaban sentado muy juntos. Sintió el calor de su cuerpo. “¡Huele a prostitutas!”, pensó. Pero sabía que no, que su olor era inconfundible porque ella lo había sentido durante toda una noche y media mañana. Él pareció confundido y le preguntó por qué iba vestida de novia a esa hora y con tanto calor. Le dijo que se lo probaba. “Le cae bien”, dijo. Lo invitó al jardín. “No siempre hace tanto calor para esta fecha”, dijo. “Aquí hace menos calor”, añadió. “Será porque está muy cerca del río”.

El hombre caminaba muy junto a ella, y ella sentía que el calor de su cuerpo la excitaba.

—Es extraño —dijo ella.

No la escuchó. Se había detenido, apoyándose en su hombro derecho. Qué atrevimiento. Apoyarse en una inválida. Ella lo examinó. Parecía estar mareado. “¡Se está poniendo mal!”, pensó. Como pudo, lo ayudó hasta el banco. Pero, Dios mío, ¿cómo podía ser? Ayer, apenas podía moverse. ¿Estaría muerta? Pero no, tanto el tiempo como el espacio eran reales. Por ejemplo, por la altura del sol, ella supo que eran las doce y que podría llover en la noche.

Él estuvo mejor allí.

—¿Sucedió algo? —preguntó ella.

Él la miró detenidamente, sin prisa, como la miraba Ricardo cuando estaban en la universidad, y le señaló las flores.

—Las flores —dijo—. Siempre me han enfermado.

Fue inevitable. Quizás por la timidez de él. Quizás por la soledad de enferma de ella. La primera caricia llegó en realidad por accidente. Los pies descalzos de ella se enredaron en el vestido y casi cae de espalda al suelo, pero él evitó que cayera, abrazándola; después la apretó en el pecho y la besó. Sólo sentía el calor de sus manos en el cuello, y un tremendo calor recorriendo su cuerpo. “Dios mío”, pensó, “me estaré poniendo loca”. Las manos del hombre andaban entre sus muslos cuando pensó cuánto las manos del hombre la excitaban. Ella sabía hacia dónde se dirigían esas manos calientes.

—No lo hagas —dijo.

Avergonzado quizás, el hombre se levantó. Iba a dejarla allí con aquel vestido. Sola. ¡Dios mío, iba a morirse! Cómo llegaría al cuarto.

—¡No! —dijo ella.

Y abrió el vestido hasta el pecho, con un valor que realmente no tenía, y él vio sus senos rojos. Empezó a desnudarla, acostándola sobre la amarilla hierba rodeada de piedras.

—No —dijo ella—. *Con el vestido.*

Él no la entendía, y seguía besándola y quitándole el vestido. Le explicó que se moriría si se lo quitaba —si era que no estaba muerta.

—Sería una lástima —dijo él—, si estuviéramos muertos.

Ella lo invitó a la cama, en la casa.

En el cuarto, ella no sintió el tiempo sino cuando, aún abrazados en la cama, escuchó las risas de las prostitutas del otro lado de la calle. Se levantó, desnuda aún, y auxiliándose de la pared, caminó hasta la ventana. Contempló el movimiento en la casa de enfrente, como lo había hecho tantas otras veces, en circunstancias tan diferentes. Pensó que eran las cinco.

—Tienes que irte —dijo—. Pronto vendrán mis padres.

Él la besó. La ayudó a vestirse. Mientras cerraba el vestido en la espalda, la besó en el cuello, buscó sus manos y la apretó fuertemente. Caminaron por el corredor, cruzando la sala. Antes de abrir la puerta, él la miró, parada en el medio de la sala; parece que iba a decirle algo,

probablemente acerca de su vestido de novia, pero cambió de idea.

—Gracias —dijo, y salió.

Rápidamente, por la puerta abierta, ella lo vio correr. No entendía por qué corría. Recogió el vestido y caminó, auxiliándose de la pared, hasta la puerta, y vio los siete guardias que seguían al hombre, armados con rifles. Él había corrido hacia la casa de las prostitutas y ellos venían, por la acera opuesta, en la esquina. “Dios mío”, pensó. “Lo matarán”.

Cuando llegaba a la puerta, uno de los disparos debió haberlo alcanzado en un hombro porque ella vio cómo su cuerpo se sacudió y la sangre empezó a correr rápidamente por su espalda, debajo de la camisa. Apoyada de la pared, se volvió para mirar a los militares que se aproximaban, disparando, y sus miradas volvieron a encontrarse; él allá, en el último escalón que subía a la casa, y ella en la puerta, en la otra acera. Ella iba a decir algo, pero todo sucedió tan rápido que no dijo nada. Y escuchó las voces de las prostitutas, dentro, gritándole que entrara, que la puerta estaba abierta.

—La puerta está abierta —gritó.

Él no tuvo tiempo para escuchar su voz. Simuló que levantaba los brazos y que iba a caminar en dirección al grupo de militares, que seguían disparando y habían cubierto de agujeros la pared de la casa, pero de pronto giró y se lanzó al río. Los militares, corriendo hacia el río, siguieron disparando sobre la línea roja que crecía en el agua. Después de buscarlo, desde afuera, entre el agua, desistieron y regresaron a los escalones de donde había saltado. Examinaron la sangre en el suelo y en la pared, contaron los agujeros en la pared, dijeron algunas palabras entre ellos, pero ella no entendió, y caminaron a lo largo de la calle, sin mirarla. Los vio marcharse y contempló la línea de sangre, ahora clara, río abajo. Se había escapado.

El camino a su cuarto fue largo y difícil. Sentía que no tenía más fuerza, y que el vestido era cada vez más largo. Cuando lo logró, se tiró en la cama. Era un bandolero. Los militares lo buscaban por *eso*, como a los *otros*. “Dios mío”, pensó, “ahora sí estoy loca”. Pensó no pensar en nada, y de pronto volvió a sentir que se iba a morir.

—Marías Getrudis —escuchó la voz de su padre, en el primer comedor.

Se asustó. Tenía que decírselo de alguna forma. No sabía cómo, pero cuando entrara al cuarto se la arreglaría y le diría “papá, no hay

matrimonio”. Arregló la cama como pudo, pero él la llamó, ahora con una voz dulce y suave. Malas noticias, pensó.

—Marías Getrudis —repitió en la sala.

Ella apareció cayéndose en la puerta plegadiza, vestida aún con el vestido de novia. Escuchó su madre llorando en la otra sala. Se apoyó en la pared.

—Qué —preguntó.

Su padre la miró. Su madre dejó de llorar.

—Ricardo... —dijo él.

No terminó. Parece que no sabía cómo decirle lo que tenía que decirle. Ella buscó a su madre con los ojos en la otra sala, y vio el paquete. Estaba en la sala, con una cinta rosada, y envuelto en un papel blanco dibujado con novios en las orillas de los ríos, debajo de los puentes. Adivinó la silla de ruedas.

—Qué —preguntó. Iba a agregar “qué pasó”, pero no lo dijo.

—Ricardo... —volvió a decir su padre.

Su madre entró tratando de ocultar su llanto.

—Se mató —dijo—. Tu Ricardo se suicidó esta mañana.

Ella escuchó a su madre, aún apoyada en la pared, y no se movió. No le dolía, Dios mío. Es más, se alegró. Sí, de alguna manera se alegró. Porque ahora estaba completamente *segura* que no iba a morir, porque ya se había consumado su presentimiento.

La muchacha cruzó el patio bajo la lluvia, pisando los pájaros nacidos la noche anterior, y se dirigió al excusado. La otra mujer, alimentando los pájaros en el otro extremo de la casa, la vio pasar, y la olvidó. Eran las diez menos cinco, y sólo pensó en los pájaros nacidos durante la noche y en los estragos continuos que seguiría causando la tormenta. Las jaulas tardarían aún tres días más en llegar, y anoche, por un momento, pensó que la lluvia terminaría antes de las diez.

La muchacha, que no la vio, entró al excusado. Entonces sintió un tropel de moscas en el aire, entre la lluvia y el mal olor, y pensó en él: anoche soñó que los dos nadaban en un río que no terminaba nunca. En el sueño, ella sentía gallos y gallinas, ahogados, flotando sobre el agua y moviéndose con las corrientes que se formaban continuamente. Quitó la tapa de madera de la izquierda, y se sentó, aún vestida, sobre la obertura circular, y trató de no pensar en nada. Pero pronto sintió el olor de las plumas de pájaros mojados, confundido entre el mal olor que levantaba la caída de la lluvia sobre la tierra mojada. “Mariana”, pensó, y la sintió pegada de la puerta.

—Te adelantas media hora —escuchó que decía afuera.

Se levantó de la obertura, recogió el vestido hasta la cintura, y volvió a sentarse sobre el retrete.

—Quién es él —escuchó decir a la mujer, aún afuera.

Iba a preguntarle de qué hablaba, pero no lo preguntó.

—No lo sé —respondió.

La mujer entró. Llevaba un vestido blanco y un sombrero azul. Estaba mojada, pero el mal olor estaba pegado de su piel, porque estaba limpia. Tenía tres meses cuidando los pájaros que el esposo atrapaba, por medio de trampas, en el bosque, y que ella luego domesticaba. Se sentó en la obertura circular de la derecha, mirándola.

—Cómo es él —preguntó—. Es decir, es alto, blanco.

—No lo sé —respondió.

—¿Lo conozco?

—No lo creo —respondió.

A lo lejos, escucharon voces. “Las diez”, dijo la otra mujer, y preguntó:

—Dónde lo conociste.

—Aquí —dijo ella. Iba a agregar “en la casa”, pero no lo dijo.

Las voces parecían cada vez más cercas.

—Cuándo —preguntó.

La muchacha se levantó, bajó su vestido suavemente, y volvió a sentarse sobre la obertura circular.

Su madrastra la contempló. Recordó aquella tarde tranquila que la descubrió, en el patio, con una mano en medio de los muslos desnudos, y con pájaro en la otra mano. “Es una lástima”, le dijo. “Hay hombres que darían un brazo por llevarte a la cama”. Sólo dos semanas después, entró a su cuarto sin tocar, y la vio desnuda en la cama, con un guardia. Este último acontecimiento terminó de unirlos.

—Cuándo lo conociste —volvió a preguntar.

—El miércoles —dijo—. Estaba con la ventana abierta. Me vio desde el camino, y estuvo allí toda la noche, bajo la lluvia, mirándome.

—¿Ya se acostó contigo?

—No ha entrado al cuarto siquiera —respondió.

—¿Cómo puede preocuparte si aún no ha pasado nada?

—Porque ha estado allí —respondió ella—, mojándose en silencio, durante las dos noches. Ni siquiera me ha hablado.

Su madrastra evitó mirarla. Con las manos juntas sobre la orilla del retrete de madera, seguía intacta, sin mirarla; adivinando la caída de la lluvia afuera, en el patio. “Qué calor”, pensó.

—¿Por qué piensas tanto en él si no lo conoces? —preguntó.

—Cuando lo vi —dijo—, recordé que lo he estado soñando cada noche durante los últimos nueve años.

Afuera se escucharon pasos y un sonido claro de espuelas rozando con la tierra mojada.

—Es tu padre —dijo su madrastra, saliendo rápidamente al patio y corriendo hacia la casa.

—¿Qué te sucede, Nana? —preguntó la voz del hombre, desde el patio, por donde creyó que había huido su madrastra.

Permaneció sentado sobre la obertura circular y fingió que estaba

utilizando el excusado.

—¿Qué te sucede? —volvió a preguntar la voz desde el patio.

—Ya voy, papá —respondió.

—He preguntado *qué te sucede* —dijo, todavía en el patio—, no he preguntado *cuándo sales*.

—Nada —respondió, y salió al patio. Seguía lloviendo—. Nada.

Él la miró sin hablar. Le pareció que estaba cansada, quizás no había dormido durante la noche. Entonces descubrió los pájaros que ella había pisado, muertos sobre sus excrementos, en el camino que terminaba en la casa.

—No irás a jugar conmigo, coño —dijo—. Sé que desde el miércoles vienes al excusado y estás aquí hasta que se te llama a comer. Y no me dirás que durante cuatro horas estás usándolo.

Ella levantó la cabeza y lo miró, pero permaneció inmóvil, tratando de no pensar en nada. Era blanca, aunque su color era indefinible en el rostro, sobre todo por las manchas. Seguía lloviendo y haciendo calor, pero a ella no parecía importarle.

—Desde que empezó la lluvia del calor —explicó él—, aquí nadie tiene secretos.

La lluvia había empezado el domingo pasado, seis días atrás, y el miércoles, después de consultarlo con sus superiores en el cuartel general, el teniente ordenó a todo el pueblo, incluyendo a los guardias, que mantuvieran las ventanas y las persianas abiertas durante el día y la noche. “Nadie se salvará de otro modo”, sentenció. Alguien gritó desde la iglesia que esa decisión era inmoral y parecía venir más bien de un perverso que de un teniente serio, porque todo el mundo vería lo que hacían los maridos con sus mujeres en las camas. “No verán en la cama”, respondió, “pero no en el cementerio”. Y dio el primer ejemplo cuando llegó a su casa esa misma tarde, abriendo las puertas y las ventanas de su casa.

—¿Me dirás qué sucede? —volvió a preguntar su padre.

—No es nada —respondió—. Nada.

El teniente la tomó de un mano, y entraron a la casa. Almorzaron temprano porque su padre decidió ir al cuartel sólo después de dormir, a las tres. Ella no durmió sino después de las cuatro. Anocheció temprano, y ella despertó a las seis, cuando ya estaba oscuro. Lo esperó sin bañarse, sentada en la cama, con la ventana abierta. Pero el hombre no llegó a las siete ni a

las ocho ni a las nueve. Fué sólo entonces que pensó que no vendría.

Había dejado de pensar en el hombre, y estaba pensando en el sonido que producía la lluvia al caer afuera, cuando sintió el olor de las plumas de pájaros mojados. “Mariana”, pensó, y la vio aparecer a su espalda, en la puerta. Llevaba un el mismo vestido, pero se había cambiado el sombrero, y ahora llevaba uno blanco y nuevo. La mujer la miró desde la puerta y contempló, por la ventana abierta, las otras ventanas de las casas en el otro lado del camino, abiertas y sin luz, y no dijo nada. Caminó hasta la ventana, y la cerró de un solo golpe.

La muchacha la miraba, desde la cama, y no dijo nada. Se sintió vacía cuando dejó de escuchar el fuerte sonido de la lluvia cayendo afuera.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Todavía en la ventana, ahora cerrada, su madrastra estaba como ausente. Se volvió y abrió la ventana como mismo la había cerrado, de un solo golpe.

—Mira detrás de esas ventanas —dijo—. ¿Sabes quiénes están detrás de ellas? Son guardias, y ¿sabes qué han estado esperando?

La muchacha, en la cama aún, no entendía. Se levantó y fue al lado de su madrastra. Entre la lluvia, vio las ventanas abiertas, sin luces, y adivinó a los hombres vestidos de verde olivo, con armas largas.

—Cómo puede ser tan tonta —dijo la mujer, como si lo preguntara—. Cómo no puedes darte cuentas.

En el pasillo sonaron pasos y un ruido de espuelas, en dirección al cuarto.

—Tu padre —dijo la mujer, sin esperar respuesta, y saltó por la ventana, internándose rápidamente en el jardín, bajo la lluvia.

—No vino —dijo su padre, a su espalda, abriendo la puerta de un golpe con una pierna.

Ella no dijo nada.

—Ahora te harás la tonta, como siempre —dijo él, caminando hacia la ventana abierta. Pero ella se le interpuso, cerrándola de un golpe.

El teniente la empujó, tirándola a la cama. Abrió la ventana y alzó un brazo a la altura de la cabeza. Después empezaron a salir los guardias que estaban apostados detrás de las ventanas. Sólo cuando vio las sombras de los hombres, bajo la lluvia, perderse en el camino en dirección al cuartel, se volvió para mirar a la muchacha.

—Claro —gritó—. La tonta. Para ella todo el mundo tiene piedras en la cabeza.

La muchacha empezó a llorar suavemente.

—¿Sabes a qué venía? —preguntó el teniente, y añadió sin esperar respuesta—: Venía a matarme.

Ella lo miró y pareció entenderlo todo. Intentó correr hacia la puerta y salir del cuarto, pero él se lo impidió. Ahora ella pudo ver por la ventana las luces encendidas y los hombres con sus mujeres aglomerados detrás de las ventanas abiertas, en las casas del otro lado del camino.

—Son unos cobardes —gritó él. Le dio la espalada a la muchacha, miró los hombres que los miraban, y cerró la ventana de un golpe. Y agregó, como si no hablara con nadie—: Sólo tienen valor para matar cuando están en grupo o cuando uno está de espaldas.

Para el professor Carlos Fernández Rocha

Eran probablemente ya las una cuando María Dolores salió al camino, con la comida, para dirigirse al conuco, donde su esposo Lorenzo seguramente la estaba esperando. Pero tan pronto miró el cielo, comprendió que algo andaba mal en el pueblo, que algún vagabundo quería acabar con la vida de un hombre de trabajo, y sintió miedo. Ella sabía que cuando el cielo se ponía tristemente de todos los colores, estaba llorando porque las cosas no andaban bien.

Pero no le dijo nada a su esposo. Sin embargo, cuando avanzaban por el camino de regreso al bohío, ella volvió a mirar el cielo, y él trató de adivinar su pensamiento. A él sólo se le ocurrió pensar que en esa tarde, bien clara primero pero que ahora se estaba oscureciendo, se iba a poner el mismo tiempo de lluvias que había terminado seis días atrás.

—Hoy empieza de nuevo la lluvia —dijo el hombre desde el anca del burro, tratando de adivinar—. Anoche, los callos no me dejaron dormir.

La mujer, de piel blanca pero quemada por el sol, de brazos largos y senos parejos, iba un poco más adelante que su marido. Él iba sobre el lomo de un asno peludo y llevaba un machete embutido en una vaina que colgaba de su hombro izquierdo, y en su mano derecha sujetaba la jáquima del animal.

—Para mí como que no lloverá —respondió la mujer—. El cielo está jabao. Parece que se va a morir alguien.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la casa.

—Recuerda lo que me prometiste —dijo su mujer, cuando ya entraban a la cocina—. Hablarás con tu compadre Pablo para que reciba sus tierras.

El hombre volvió a salir del bohío para poner el burro a comer en la grama del patio. Cuando entró al bohío, de nuevo, se dirigió directamente a

la cocina, y allí encontró a su mujer detrás del fogón, tratando de hacer candela. Se le acercó y le iba a decir algo, pero escuchó una voz de mujer murmurar, probablemente desde fuera de la casa, las buenas tardes. Era su vecina Josefina.

Pronto apareció en la puerta.

—¿Ustedes no van al velorio? —preguntó. Se sentó en los escalones que bajaban a la cocina.

—¿Quién se murió, Josefa? —preguntó él. Se apartó de su mujer y tomó asiento. Sacó el machete de la vaina y se puso a hacer rayas en la tierra amarilla del suelo.

—El marido de Eusebia —explicó la mujer, levantándose de los escalones y arrojándose al fogón.

El hombre interrogó a su mujer con los ojos, antes de hablar.

—Anda tú por mí, María Dolores —dijo, levantándose del suelo—. Yo iré a comprar la comida de mañana.

La mujer observó detenidamente la llama de candela subir por las piedras del fogón, después miró a su vecina. Apagó el fuego, dio la espalda a su marido, y entró al bohío.

—Yo te lo decía —exclamó desde el aposento—. Alguien estaba por morir.

El hombre no contestó. Caminó hasta los escalones y se sentó al lado de su vecina.

—Ella siempre adivina estas cosas —dijo.

Su mujer regresó después de un rato, ya vestida de negro, y le entregó un trozo de papel.

—Ahí van los tres pesos que nos quedan —dijo.

Se sentó en las piernas de su marido, le apartó el pelo lacio y negro que cubría su estrecha frente, le cubrió el cuello con uno de sus brazos y le besó en la mejilla; luego hizo una señal a Josefa y las dos salieron al camino.

Lorenzo se apoyó su cuerpo sobre la pared y se quedó dormido. Cuando despertó, era casi de noche. Cerró la puerta del bohío, y se dirigió al camino. En el camino ya, vio de nuevo las nubes negras que se movían lentamente en el cielo nublado, y pensó que, a pesar de todo, iba a llover. Volvió al bohío, con paso rápido; pensó que la noche podría ponerse demasiado oscura y lo mejor sería ir armado, y enganchó el machete.

No había caminado la mitad del camino cuando empezó a caer una

llovizna liviana y fría. Poco después se desató un intenso aguacero, y por el camino descendió la oscuridad de la noche. El hombre y apuró más el paso.

Aunque, por mucho que apuró, su cuerpo estaba completamente mojado cuando alcanzó la pulpería. Entró por una de las puertas que estaban abiertas. Detrás del mostrador, su compadre don Pablo, un hombre grueso, más cerca de los sesentas que de los cincuentas, vaciaba un saco de azúcar en una caja de madera. Al entrar Lorenzo, levantó la cabeza.

—Compadre —dijo.

—Buenas noches, don Pablo —contestó. Sacó el trozo de papel, y se lo extendió, entonces caminó hasta la puerta y contempló cómo caía la lluvia sobre el pueblo solitario.

—Qué tormenta —escuchó que le decía.

Pero Lorenzo no contestó.

—¿Dónde está su mujer? —preguntó.

Lorenzo se pasó las manos por los cabellos mojados.

—Fue a cumplir con Eusebia —. Pensó un rato, y de pronto pareció interesarle la conversación—. Es raro que usted no anda. La gente decía que ustedes eran buenos amigos, cuando el difunto tenía dinero.

Don Pablo penetró en un cuarto detrás del mostrador, y regresó con una funda plástica entre sus manos e introdujo en ella las provisiones, con una tremenda habilidad.

—Así mismo es —explicó—. Éramos buenos amigos, pero alguien tenía que entenderse con el negocio. Pero mi mujer y a su ahijado están con la difunta.

Lorenzo sacó los tres billetes, ahora húmedos, del bolsillo, y se los entregó al viejo.

Don Pablo abrió una pequeña caja de metal, puso los tres billetes húmedos en un lado, y del otro lado sacó unas cuantas monedas.

—Vea la devuelta —dijo, poniendo las monedas al lado de la funda plástica con las provisiones—. Caramba, compadre, parece que a usted le va mejor de lo que nos haces creer.

Lorenzo caminó hasta el mostrador, recogió el paquete y las monedas.

—No creas, compadre —dijo, para decir algo—. Ese era un dinero que la mujer había ahorrado. Usted sabes que esta es nuestra peor época.

Don Pablo contempló la calle. La lluvia cercaba la noche.

—Usted es un hombre afortunado, compadre —dijo—. Usted es una

persona joven. Además, tienes una mujer bonita e inteligente.

A pesar de que la lluvia continuaba con más persistencia, Lorenzo se acomodó las provisiones bajo un brazo y salió.

—¡Así mismo es, Don Pablo! —contestó desde el camino, saltando pozos de aguas sucias.

Bajo el castigo insoportable de la lluvia, atravesó rápidamente los dos principales callejones del pueblo. Una vez en la casa, llevó las provisiones a la cocina, y pensó en su mujer. Joven y con una mujer bonita e inteligente, repitió. Cuando entró de nuevo a la casa, todavía estaba pensando en ella. Entonces se llevó una mano al bolsillo, donde había guardado la devuelta, y sacó las monedas. Las empezó a contar descuidadamente, pero pronto se detuvo, afligido, al comprobar la cantidad de dinero que encontró. “Don Pablo me devolvió mal”, se dijo. “Qué vaina. Ahora tendré que volver mojándome a la pulpería”. Sin pensarlo dos veces, se puso en marcha de regreso a la pulpería.

Mientras regresaba, pensaba sin querer en su conuco. Don Pablo, siempre tratando de ayudar los pobres, le había permitido hacer un conuco en uno de sus interminables bosques, con la única condición de repartir los productos entre ambos y de que le entregara el terreno sembrado de hierbas para éste alimentar su ganado. Pero las lluvias habían empezado nueve días atrás y había arrasado con los frutos que con tantos esfuerzos había sembrado en el conuco. Tenían tres días comiendo sólo batatas hervidas, pues Don Pablo no podía darle crédito porque sabía que no podían pagarle en un futuro inmediato, ya que no había frutos en el conuco. Por lo menos eso les decía Don Pablo.

Dejó de pensar, al ver que habían cambiado la luz de la pulpería, cuando la alcanzó a divisar, perdida en la oscuridad. Ya sólo había una puerta entreabierta. La lluvia seguía con más insistencia y no parecía que iba a terminar durante toda la noche. Escuchó voces cariñosas y suaves, dentro de la pulpería. “Ya la comadre regresó”, pensó. Y abrió la puerta.

Lo que vio le dejó asombrado: en un rincón, sobre una pila de aparejos, estaba Don Pablo, con su cabeza metida entre los senos de una mujer que reía en sus rodillas... pero no, esa no era la vieja del pulpero.

Don Pablo, que estaba de frente al camino, no vio a su compadre que se había detenido en el umbral de la puerta, porque su cabeza continuó entre los senos de la mujer. Pronto, sin embargo, él levantó su cabeza para besar

la mujer. Cuando el viejo vio a su compadre en la puerta, pestañeó y se puso pálido.

La mujer, asustada, se volvió. Entonces, Lorenzo vio el rostro pálido de María Dolores; vio su cuerpo enteramente desnudo. Quiso morirse cuando recordó que su compadre la estaba besando. Miró, con rencor y rabia, a su compadre; después a su mujer.

—¡Puerca...! ¡Hija de perra! —gritó—. ¡Precisamente con mi compadre, perra!

Ella miró a su esposo, después al viejo.

—Lorenzo... —empezó a decir. Pero las palabras no le salían—. Yo... Yo...

Lorenzo sintió que el sudor corría por debajo de su ropa mojada. Sacó el machete de la vaina, giró sobre su mujer que se había alejado del pulpero mientras se tapaba los senos con las manos, y descargó con violencia el filo del machete sobre su cabeza.

—¡La tienes que pagar, maldita! —gritaba—. ¡La tienes que pagar, perra...!

El rostro de la mujer se vistió rápidamente con una máscara roja. De los cabellos le brotó un río de sangre que descendió por la frente pasando por la nariz; después por la boca pequeña, donde tomó un descanso para penetrar a los dientes blancos y parejos, y finalmente sucumbir entre sus senos desnudos y sus dos manos abiertas. Abrió la boca y cayó al suelo.

Impulsado por el miedo, Don Pablo pestañeó y miró a Lorenzo de reojo; luego corrió hacia el cuarto detrás del mostrador, mientras Lorenzo contemplaba la mujer en el suelo, aún con los ojos abiertos.

Lorenzo se acercó al cuerpo inmóvil de la mujer. Miró el machete ensangrentado, todavía en sus manos; contempló la sangre que aún salía por la cabeza de la mujer y que se acumulaba en el suelo. Entonces comprendió que se estaba quedando solo en este mundo, y sintió miedo. Con los ojos llenos de rencor, se levantó de un golpe y se volvió de frente, buscando con la vista al viejo, empuñando con rabia el machete.

Pero Don Pablo regresaba ya, armado de una escopeta de dos cañones. Miró a su alrededor, se apoyó del mostrador, apoyó la culata del arma en su pecho; apuntó a Lorenzo, que se le acercaba con el machete levantado, y disparó. El disparo rompió el silencio que había traído la lluvia.

El primer tiro lo alcanzó en el pecho. El impacto lo empujó hacia atrás:

su cuerpo se estrelló contra la pared, y cayó al suelo. Inmediatamente, un chorro de sangre se empezó a deslizar rápidamente por su pecho.

—Algún día tendría que matarlo —dijo el viejo, acercándose con la escopeta en una mano.

El hombre trató de producir una sonrisa, pero los labios se le negaron. Quiso levantarse, pero una espuma roja brotó de su boca, y el dolor en el pecho le aumentó de tal manera que ya no podía moverse.

Hizo un desesperado y último esfuerzo, para llamar al viejo, con voz casi muerta; pero el viejo no se le acercó. Volvió y le llamó, ahora con más fuerza, y el pulpero se le fue acercando con miedo, con la escopeta lista para disparar.

Cuando el pulpero se le acercó lo suficiente, el moribundo extrajo de un bolsillo las monedas que había recibido de devuelta y apenas pudo dividir las en dos.

—Tenga, Don Pablo —murmuró. Trató de parar la sangre que salía por el hueco en el pecho—. Vine a devolverle... vine a devolverle este medio peso, que me lo dio de más cuando me entregó la devuelta.

MUJERES

1

MUJERES

HAY MUJERES QUE SON tan hermosamente bellas llorando,
tan bellamente hermosas, que uno nunca las olvida,
y hasta se enamora de ellas para siempre.
Qué sabe uno *dónde, cuándo, por qué;*
pero, desde adentro y para siempre,
a uno le llegan esos ojos
y esa inocencia
que parece tristeza, aburrimento, miel, rabia
y tantas vainas que uno nunca sabe.

Son bellas esas mujeres cuando lloran.
Son tan tristemente bellas,
tan oscuramente bonitas
y tan qué sabe uno,
que a uno le entran ganas de hacerles pendejadas
para que lloren constantemente, siempre.
Pero uno las quiere tanto desde el primer día
que uno no se atreve a hacerles daño,
porque,
en definitiva,
llorarán.

Son tan hermosamente bellas llorando.
Tan tristemente bonitas.
Y uno no puede hacerles nada.
Así que sólo llorarán
cuando pierdan cosas que quieran mucho,

como una carta en el baño
o un zapato en la calle,
por ejemplo.

I

HOMENAJE

LA MUJER RECOGIÓ SU COLECCIÓN DE ZAPATOS ROTOS Y ANDUVO EL MUNDO, POR EL
aire, preguntando:

—¿Cuál es tu problema?

—Dormir sin los pantalones —decían unos, jugando en las piedras con
las olas.

Otros contestaban:

—Mirar las estrellas cuando está lloviendo.

La mujer volvía, recogía los cabellos y preguntaba:

—¿Cuál es tu problema?

—Orar en la iglesia durante las bodas —dijo alguien, lavándose
los pies.

Un grupo de marineros, que se reían del mar, contestaron a una voz:

—Decirle poemas de amor al aire y a las mariposas.

—Pensar en mi novia cuando despierto durante la noche - dijo otro.

Uno, que andaba vendiendo mariposas y pájaros muertos por las calles,
dijo:

—Desnudarme durante el almuerzo.

—Reír en invierno —contestaron unos, durante las prácticas y los
nombramientos de los vestidos más cortos.

—Robarle el vestido a mi cuñada mientras duerme —dijo alguien.

Uno contestó:

—Preguntarle a la gente qué quiere.

—Decirle al pan fruta madura y a la fruta madura, agua —dijeron dos.

Un ciego que andaba descalzo dijo:

—Subirme al árbol más alto para mirar las estrellas de cerca.

Otro no dijo nada. Se quitó torpemente los zapatos.

—¿Y cuál es su problema? —preguntó.

Y ella respondió:

—Ir por el mundo preguntando por el problema de la gente.

II

CUÁNTAS COSAS LE PEDÍA

CUÁNTAS COSAS LE pedía: cuántas.

Tan sólo una máquina de escribir, un cartón vacío, papel
y un poco de calma.

Nunca le pedí el corazón de Lindon Johnson:

nunca un *quién vive yo mi General*.

No le pedía un Padre Nuestro ni un Ave María:

no le pedía las siete palomas debajo del vestido.

No le pedía un avión militar

ni uniformes de infantes de marina

ni los informes sobre borracheras de vecinas

o los discos de Ana Belén.

Cuántas cosas le pedía: cuántas.

Nunca le pedí un deseo de irme de súbito y para siempre:

nunca una falsificación de ojos de mujeres.

No le pedía zapatos de héroes:

nunca le pregunté por qué llegaba tarde

o por qué no aprovechábamos cualquier tarde para dormir.

Reconozco mi ingratitud: un día le pedí

que me acompañara al jardín.

Cuántas cosas le pedía: cuántas.

Tan sólo una máquina, un cartón vacío, papel
y un poco de calma.

MI MAESTRA

ELLA ERA PROFESORA de primaria y tenía veinticinco años
cuando la conocí:

yo tenía tres meses.

“Qué cosa más mona”, dicen que decía.

“Qué ojos más hermosos tiene”.

Y mi cuerpo andaba de manos en manos:

mamá se sentía segura, y no le importaba:

no tenía que cuidarme cuando andaba por las calles.

Entonces a ella le dio por llevarme a su casa de soltera,

a prepararme la leche y a bañarme,

y un día terminó diciéndole a mamá

que nunca se casaría con otro hombre.

Cuando papá le preguntó por qué,

ella respondió que sólo podría casarse conmigo.

Y todos estuvieron de acuerdo con el futuro matrimonio
a celebrarse veinte años después:

todos estuvieron de acuerdo, excepto yo.

Pasaron los años y ella nunca se casó:

aprendí con ella a escribir

papá sube con mamá a la loma,

tres por nueve son veintisiete,

después de M se escribe P,

el cuerpo humano se divide en tres partes.

Cuando cumplí los veinte años, en mayo,

todos se reunieron en casa, a fijar posición,

a darme la sorpresa:

pero las cosas habían cambiado mucho en tanto tiempo:

ella estaba muy vieja —tenía cuarenta y cinco años,

y papá quería un nieto para que se quedara con mamá en la casa—,
y yo ya no era tan bello,
así que alguien la llamó vieja jamona engreída
y ella se fue a su casa de soltera
llorando.

OTRA VEZ SOBRE MI PADRE

“SOY UN EXILIADO, político o como quieras llamarlo”,
escribe mi padre.

“Siempre lo he sido”, añade.

Y hasta cierto punto es cierto:
su vida ha estado completa de clausuras y naufragios:
primero los años durante la Guerra en la Capital,
después su huída oportuna a Nueva York.

Y todo parece indicar que mi padre
tiene nuevamente la razón.
Sabía que fue revolucionario a medias
y, sobre todo —sobre el hielo, sobre la guerra misma—,
mujeriego a tiempo completo.

A mi tercer hermano y compañero
—él nació en el 1966,
es decir un año después de la Guerra—,
lo llamó Francisco Alberto
por aquello del Coronel Caamaño;
al cuarto lo llamó Héctor Aristy
—fue en 1968—
por aquello del revolucionario,
y a la más pequeña —y única hembra en la familia—,
la llamó Leidy, para que no se pareciera a ningunas
de esas mujeres que duermen bajo los árboles
sólo pensando en las camas
y preguntando —sobre todo— por la hora.

Pero —y qué extraño, y qué pureza—
no sabía eso del exilio y desde siempre.
Qué diablos: el hijo no sabe
que su padre estuvo enfrentando la muerte.
Sabía -eso sí- que en 1972 huyó a Canadá
—y hasta me dejó su maleta y cosas de hombre—,
y duró trece días preso.

“Soy un exiliado, político o como quieras llamarlo”,
dice mi padre todavía en Nueva York.
“Mira qué ironía”, aclara y ya no habla.

Pero yo lo sé: lo adivino dentro de su pecho y la carne,
porque la vida sabe jugarle la mala a mi padre,
porque sí nada más:
recuerdo que mandó a declarar a mi hermano Héctor Aristy
-es decir, a notificar su nacimiento legal-,
y el mensajero perdió el papel y olvidó lo que decía,
y allá se inventó un nombre.
Así que mi hermano —para la Ley—,
no se llama Héctor Aristy, sino Patricio
que en definitiva es más arriesgado y peligroso,
sobre todo por aquello de Duarte.
“Mira qué ironía”, dice mi padre, y ya no habla.

LUCHA DE CLASES

ELLA ERA AMANTE de un hijo de rico, y también
a veces
compartía el amor conmigo
sobre todo
cuando no estaba muy ocupada:
era una lucha de clases.

Era, por ejemplo, una actividad de jugadas:

yo esperaba que él saliera de viaje
y entonces ella me invitaba a la casa.
Porque ella era ingenua:
tejía las sábanas de palabras.

Recuerdo cómo comenzó:
el padre de su amante
buscó una excusa para meterme a la cárcel.
Y aquella noche, yo solo con mi corazón en la oscuridad,
mi corazón vió cuando los dos pasaron en auto por la calle
como amantes:
era muy tarde, y como estaba solo pensé en muchas cosas,
como por ejemplo en mirarla, cerrarle el paso
y hablarle de poesía
y de melancolías
de concubinas solitarias.

Claro que él tenía su esposa de rico
—aunque nunca la amó como a su amante—,
así que apenas nos dejaba respirar:
sobre todo si era verano
y las hojas de los árboles se iban por el aire,
volando.

LA OTRA

MI NOVIA ME ha preguntado largamente por mi novia.
Es decir, me ha preguntado por mi novia, por la otra:
además de primera, me dejó una deuda increíble, injusta:
será siempre mi amada
aunque nos divida un nombre raro y un apellido más largo,
una familia, aún el coche, una carrera
y lo más importante: la vida.

Mi novia —qué extraño—,
me ha preguntado por mi novia:

es decir, por la otra, por la periodista:
la que me hacía esperar hasta la medianoche
para hablarme de presidentes y secretarios de Estado.

Es extraño —sucede en la cama—,
pero mi novia —es decir, la última—,
me ha preguntado por mi novia, por la otra que quiero tanto:
tendré que decirle algo, cualquier cosa:
quizás que está enferma de cáncer,
tal vez que se pudre en un hospital o en una oficina
o probablemente que está casada
con un secretario de Estado.

RUPTURA DE RETRATOS

QUÉ BELLA, QUÉ completa, qué triste y a veces alegre
es la secretaria.

Sé que me mira —y a veces llora—, y calla:
se oculta detrás de las puertas
y miente para verme a solas
y para hablarme —váya excusa, váya pretexto—
de cartas firmadas y de palabras provocativas o hirientes.

Qué bella, qué completa, qué triste y a veces alegre
es la secretaria.

Se enamoró de nuestro jefe:
a veces me invita a cenar o a comer helado
—aunque no tengo coche—
para hablarme de él y de su riqueza y de sus breves romances:
si tengo suerte -y no importa el día ni la hora- y se pone triste
me da un beso largo, a ojos y puños cerrados,
y me invita a la cama.

TRES VECES SOLO

AHORA MISMO —HACE sólo un rato—,
me ha dejado:
me ha dejado solo. Solo y tres veces solo.

Un rato atrás —ahorita mismo—,
ella preguntó por personas de nombres extraños,
por el prefacio de la sal en la madera,
por el zapato vacío que venía sin dirección a la casa,
por esa cosa hermosa y larga.

Hace un rato —sólo un rato—,
nos queríamos tanto, abrazados en los bancos públicos:
pensando en la paz y odiando a risas la guerra:
me decía largamente que odiaba esa cosa grande y hermosa
porque le traía recuerdos
tristes y desde lejos.

Ahorita mismo —hace sólo un rato, más otro rato—,
me ha dejado:
me ha dejado solo. Solo y tres veces solo.

DECLARACIÓN PERSONAL

ESTO ES UNA declaración de guerra personal
contra la bestia bautizada con un nombre que me permitiré no
mencionar,
llamado también por nombre de rey,
aunque no tiene nada de real, ni siquiera la manera de vomitar:
le declaro una guerra prolongada,
una guerra que no termine nunca.

Le declaro una guerra personal a esa bestia:
se la declaro a cualquier hora del día y de la noche:

se la declaro eternamente.

Donde esté, con quien esté en la cama o en el baño,
le declaro la guerra a esa bestia que no merece siquiera un nombre:
que todas las cosas buenas le pasen
cuando esté durmiendo, soñando que tiene la mejor puta del barrio:
que despierte sobre ese fango que lleva en los ojos
y que lo mate el frío o el agua.

Le declaro la guerra a esa bestia que apodan con nombre de rey
y que vive en un barrio de gallinas en la República Dominicana:
no porque siempre envidió mis cosas, lo que hacía:
le declaro una guerra personal
a brazos partidos o a ojos cerrados:
moriría con la mayor satisfacción:
que siempre fue la peor bestia entre las bestias
a pesar de todas las vainas,
incluyendo el negocio y el dinero de sus padres.

III

MUSEO II

RETRATO

YO NO TENÍA este rostro que tengo hoy,
tan calmado, tan triste, tan pálido,
ni estos ojos tan vacíos,
ni el labio amargo.

Tampoco tenía estas manos sin fuerza,
tan silenciosas, tan frías, tan muertas;
yo no tenía este corazón
que ahora nadie ve.

No sentí el cambio,
tan simple, tan cierto, tan fácil:
¿En qué espejo fue
que perdí mi cara?

CECÍLIA MEIRELES

ME QUIERO CASAR

ME QUIERO CASAR
en la noche en la calle
en el mar o en el cielo
me quiero casar.

Busco una novia
rubia morena
negra o azul

una novia verde
una novia en el aire
como un pajarito.

¡De prisa, porque el amor
no puede esperar!

“Quero me casar”
CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

Y ALGUNAS VECES SUCEDE

Y A VECES sucede que ustedes son amigos y luego
no lo son,
y la amistad ha terminado.
Y se pierden días enteros y entre ellos
una fuente se desagua sola.

Y a veces sucede que eres amado y luego
ya no te aman,
y el amor ha pasado.
Y se pierden días enteros y entre ellos
una fuente se desagua sola en la hierba.

Y a veces quieres hablar con ella y luego
no quieres hablar,
y la oportunidad ha pasado.
Tus sueños se inflaman, y de pronto se desvanecen.

Y también sucede que no hay lugar adónde ir,
y después hay un lugar adónde ir.
Y luego te has pasado de largo.
Y los años se inflaman y se van
más rápidos que un minuto.

Así que no tienes nada.
Te preguntas si esas cosas importan y luego
dejan de importar,
y la ansiedad ha pasado.
Y una fuente se desagua sola en la hierba.

“And Sometimes it Happens”
BRIAN PATTEN

DOS SE CASAN

¿ASÍ QUE SE casaron y vivieron
felices para siempre?
Tales exigencias extravagantes no está en el cielo concederlas,
mucho menos la tierra, donde el amor cambia como el tiempo.
Digamos que se casaron, y vivieron.

“Marriage of Two”
CECIL DAY LEWIS

SE FUE

TODO EL MUNDO amaba a la Polla Lorimer en nuestra aldea.
A gran distancia
todo la amaban.
Porque todos amamos a una muchacha desenfrenada que se agarra bien
de un sueño que quiere.
Nadie sabe ahora a dónde fue la Polla Lorimer.
Nadie sabe por qué empacó su baúl... unas cuantas cosas viejas,
y se fue,
se fue con su minúscula barbilla
alzada hacia adelante,
y sus suaves cabellos meciéndose descuidadamente

bajo un ancho sombrero,
bailarina, cantora, una riente amante apasionada.

¿Eran diez hombres o cien los que perseguían a la Polla?
¿Eran cinco hombres o cincuenta con doloridos corazones?

Todos amaban a la Polla Lorimer
Nadie sabe a dónde se ha marchado...

“Gone”
CARL SANDBURG

LÁPIDA DE QUERUBINES

NO HUBO ANUNCIO en los periódicos:

sólo una voz fría en el teléfono
diciendo que ella estaba casualmente muerta.

Alguien susurró “sífilis”,
una invención sentimental.

Alguien dijo
“ella era un rococo, un olivo florentino
cortado y desnudo debajo del cuerpo
de un capitán de football bolsista dormido
sobre las arenas de Miami”.

“Ella lloró la miseria.
Divorciada de sedas, de pieles , y patentadas limusinas
niqueladas”.

Amaba la desistida, tranquila seguridad,
durmiendo ocasionalmente con los hombres como si fueran
sueños exóticos.

“Maldita Marie,
debías haberte apagado como una hilera de bombillas supremas
destrozadas con un pie de cabra”.

Esas son las leyendas.

Los hechos son éstos:

(casi verdadero para una muchacha bella
que sostenía un vislumbre de medianoche en su cabellera)

La vi caminando con inolvidable desenvoltura
por Michigan Boulevard una mañana de otoño.

Murió en serenidad lesbiana
ni caliente ni fría
hasta que los castos miembros se endurecieron.
Desconecta el teléfono. Detén la comunicación.

“Tombstone with Cherubin”
HORACE GREGORY

EN EL MEDIO DEL CAMINO

EN EL MEDIO del camino había una piedra
había una piedra en el medio del camino
había una piedra
en el medio del camino había una piedra.

Nunca se me olvidará ese acontecimiento
en la vida de mis ojos tan fatigados.
Nunca se me olvidará que en el medio del camino
había una piedra
había una piedra en el medio del camino
en el medio del camino había una piedra.

“No meio do caminho”
CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE

INSCRIPCIÓN PARA LA PUERTA

YA A MÍ no me quedan enemigos,
sólo unos amigos que se han retrasado.
Entras, no hay cerradura, colócate aquí
cerca del fuego y tomas asiento.
Tomaremos té. Y abres camino para el único paso
que lleva el corazón a la primera residencia.

Puedes tener noticias. Dime si nuestras naciones
giran pero detrás de cada una como las estaciones.
¿Por qué todavía están estos tres extraños arrodillados
sobre sus cenizas? Invítalos. Tráelos adentro.
Ellos pueden descansar aquí al lado de este fuego de carne.
Los niños duermen en las esquinas, tomando notas.
Una mujer se está cambiando de vestido en un cuarto de arriba.
El nuevo vendaval está abastecido de madera esta noche,
sin dejar huecos en esta oscuridad
alrededor de nosotros; podemos escuchar los muertos cantando.
Ya a mí no me quedan enemigos,
sólo unos amigos que se han retrasado.

“Inscription for the Door”
EUGENE RUGGLES

IV

TEORÍA POLÍTICA

SE FUE MARY, la estudiante universitaria.
Salió con destino a alguna parte,
haciendo escala en Nueva York:
olvidó nuestros besos en los pasillos de la universidad,
nuestras usuales discusiones en la cama.
Ella admiraba la política:
decía odiarme porque no conocía a Engels ni a Marx:
debía pedirle permiso para besarla.

Mary no está en mi país.
Decía quererme tanto como a la teoría marxista:
me invitaba a las reuniones del Partido
y me llevaba a la cama.

Mary, la estudiante, la política,

me ha dejado:
olvidó nuestros pleitos en la Facultad,
nuestras discusiones políticas:
prometía no dejarme nunca.

Pero me ha dejado:
parece que no me perdonó nunca
porque nunca pude pasearla en carro.

NADIE NOS DIJO NADA

Nadie nos dijo
que después de la paz vendría la guerra,
que el amor era sólo un torpe corredor de sueños blancos
que no terminaba en la puerta.
Presentíamos las batallas de los colores,
los abrazos rompiéndose detrás de las ventanas cerradas:
sabíamos que las lluvias de agosto
hedían a soledad
cuando nos encontraban en la cama.

Pero nadie nos dijo nada:
nunca pensamos en nosotros,
en los sueños blancos,
en lo que diría la gente
ni en los otros deseos y la cuenta en el banco.
Nadie nos dijo nada:
cuando llegaron ellos y los nombres crecieron
no sabíamos qué hacer,
cómo controlarlos,
cómo evitarlos:
no presentimos aquellas lluvias crueles de agosto
y ni siquiera creíamos en la guerra:
cuando llegó de pronto
nuestros sueños ya estaban armados de blanco en las calles

y los militares estaban detrás de las puertas.

AYER TARDE

AYER TARDE VINIERON a buscarme:
después, preguntaron por dónde estaba el mar,
y luego se marcharon.

Ayer tarde, ellos decidieron marcharse
después de tantos años:
los sueños blancos los mata, quedan aplastados bajo ruinas
donde los enamorados sólo dejaron sus rabias y sus furias:
quieren irse lejos,
dejar lo que nunca fue suyo,
alejarse de estos días que les parecen tan largos.

Ayer vinieron buscándome:
los enemigos los echaron a tiros,
destrozaron sus palacios de papeles blancos,
violaron sus sueños de pocos años:
vinieron buscándome:
preguntaron por dónde estaba el mar
y luego, con los sueños en los brazos,
bajaron la escalera y se marcharon.

QUÉ BUENO QUE VIENEN

DECÍAMOS: QUÉ bueno que vienen.
Qué suerte: por fin vienen, decíamos.

Y empezaron a llegar: primero
con cargas de muertos, con balanzas, con guitarras y con sombreros.
Después, con manos cortadas sobre el hielo,

con los ojos flotando en el frío:
con muchachas transportadas durante el sueño.
Y no sólo vinieron ellos: vinieron otros
y, caramba, hasta con armas.

Decíamos: qué bueno que vienen.
Qué suerte: ya vienen, decíamos.
Pero cuando empezaron a llegar
quién sabe cuántas cosas imprevistas pasaron:
cuántos rostros corrieron cargados de flores por las calles,
qué agosto más duro atravesó el reloj.

Y cuando se fueron, todos dijimos qué bueno,
y dimos gracias al cielo: tanto tiempo esperamos:
tantos dolores de cabezas y fe nos dieron.
Que suerte, dijimos: por fin se fueron.

SE LLENÓ LA CASA

SE LLENÓ LA casa: de hijos, de nietos,
de mujeres, de muchachas, de sobrinos, de estudiantes.
La casa se llenó de pronto.

Se llenó la casa: de espumas,
de melancolías, de pleitos por hombres y comidas.
La casa se llenó: de oficinas, de funcionarios,
de diplomáticos y de abogados.

Se llenó la casa: de ojos, de corazones mojados,
de pájaros volando, de funerales de caballeros blancos.
Se llenó la casa: de noticias, de caballos y de cristianos.

LUCES DETRÁS DE VENTANAS

AQUÍ siempre hay luces detrás de ventanas,
árboles ocultando deseos de amantes:
siempre hay viudas volando por el aire,
niños ocultándose de los padres.

También hay funcionarios, pasiones oscuras, caballos blancos,
personas temblando de amor detrás de ventanas cerradas,
enemigos generosos, documentos falsos:
siempre hay dónde comenzar la guerra,
dónde terminarla:
siempre hay una muchacha oscura
corriendo por cosas legales
que rompe los calendarios
y me espera en la cama.

SOBRE TRAPITOS SUCIOS

ELLA TENÍA UN caballo para subir al beso
—y sin embargo—
y un perro durmiendo detrás de la cama.

Son tantos los locos andando en la calle
y sin embargo
dos cuerpos abrazados,
comiéndose los ojos.
Y aquel acto de fe:
aquella solicitud de vecina, el coche
entrando por la puerta de atrás.

Era tan limpia, sobre todo en verano:
tenía entonces esa clara concepción del amor:
el sofá, el baño y después la cama.

Aunque claro también y a veces

quedaron trapitos sucios por ahí
que podrían levantar muchos ojos volando
y un escándalo del tamaño de cualquier fotografía de cumpleaños
o algunas murmuraciones, manuscritos
sobre explotación, inocencia y abogados.

LA IMPORTANCIA DE TENER AMIGOS

CASI NADIE COMPRENDE la importancia
de tener amigos íntimos en nuestros días:
casi todos los tienen,
pero nadie lo entiende hasta mucho después,
cuando las cosas, bueno y el matrimonio,
andan sobre ruedas.

Casi nadie comprende la importancia
de tener amigos íntimos y modernos,
sobre todo en estos días:
por lo menos para que te informen
con quién sale tu esposa
o sobre tus defectos irreparables
o para que te inviten de vez en cuando
a reuniones sociales
donde un día te presentarán
al verdadero padre de tu hija la más pequeña.

MUJERES

2

I

LEVANTAMIENTO ROTO

A veces —durante la mitad del día y de la noche—,
escucho cuerpos y nombres en el agua
chocando entre piedras sin sonido, entre pianos,
formando cinturas con peces y corazones rotos:
entonces cierro la boca y aprieto en los ojos cosas viejas
que suenan blancas y mueren subiendo.

Muchas veces —durante el día, durante la noche—,
escucho el invierno que cruza pariendo círculos, ovejas,
empujando paredes,
cerrando puertas,
cortando huesos.

A veces —en horas oscuras—,
pasa una ola sin color ni estatura
moviendo medallas, cuerdas rotas, cortinas, colores fríos.
Las cosas suenan en el agua
y su rostro sale
buscando uñas, tocando cosas muertas.

PRESENCIA

VUELTAS LAS MANOS, vueltas hacia piernas cosidas de besos,
hacia carne llorando, ay llorando,
vueltas hacia cosas redondas y movibles en el corazón:
como rodillas luchando con botellas,
como ríos entrando ya por puertas abiertas, rodando ya,
como un movimiento cayendo y corriendo hacia adentro

donde flotan largamente labios y sonidos
atrapando cuerpos.

Aunque maten el olor de su carne,
ay aunque disparen balas rabiosas sobre ese corredor abierto,
sobre ese sollozo juntándose,
ay sobre esa bodega de líneas cruzándose en el cabello,
pasa uniéndose y gritando, pasa pegada del beso.

Levantado en el sonido mojado, en el ruido que cae al cabello
rompiendo respiraciones, gritos redondos,
salen espumas empujadas, flotan vacíos como petróleo aullando.
Y hay una introducción de palos de hachas hambrientas al vacío
que llevan el corazón, ay, por un territorio de humedad,
por un territorio de piernas cruzadas y juntas,
llorando de delicia.

ORIENTACIÓN DE LA CARNE

FUE UN AUMENTO de párpados llorando en las rodillas,
fue un reparto de buques piratas entrando al corazón:
allí estaban ellas, ay allí estaban ellas en el cabello,
rompiendo duras estrellas en las rodillas:
allí estaban originando brazos detrás de las escaleras,
vomitando en territorios de bandidos y criminales blancos.

Fueron besos envueltos en cabellos mojados,
fueron rodillas rodeadas de bocas,
de manos ansiosas de agua, de movimiento levantándose.
Había gorros de papel devorado, pestañas cortadas con los dedos,
había uñas agitando los huesos hacia territorios de cabellos,
había hombros sucios de besos, sucios ay de besos de amantes.

Fue una circulación de carne en el pecho,

fue un paso de ombligos gritando,
de besos ay sumergiéndose en carne movediza.
Era sólo un color recibiendo barcos piratas,
cuerdas cortadas y entrando:
un ejército de borrachos, de esclavos románticos
entraron a lo húmedo,
al corazón sucio de vino:
caía, ay caía a su abismo
rompiendo los cerrojos, rompiendo ay ventanas cerradas por dentro
y duros cabellos que lloraban levantándose.

EL REGRESO

HOY APARECIÓ DE NUEVO
detrás de la puerta de la cocina:
cuando la sentí en el corazón
era inútil huir, destruir el peso criminal de su cuerpo:
cuando abrí los ojos
ella ya arrastraba mi corazón por casas vacías,
ya coronaba la soledad en mi cabeza.

¡Ay, qué precio por un cuerpo en el frío!
¡Ay, qué sistema de influencias la origina,
qué sombra alrededor del espacio vacío!
¡Cuántas flechas rompen mi soledad sin alas,
cuando estaciona su cuerpo en el mío!
Ay, qué huéspedes repiten sus negocios de carne,
qué multitud desarrolla su grandeza:
Porque ella corta el más largo sueño,
porque ella levanta dormitorios tristes detrás de mis orejas:
en invierno,
prepara sus refugios en mis calles más frías:
cuando su cuerpo cae al corazón,
un ángel blanco oculta las guitarras en la tierra,

condena todas las puertas,
y empieza a programar mis huesos.

II

EL OTRO LADO

DESPROVISTO DE COSAS permanentes
entro desarmado a su alma:
mis manos abren de golpe la puerta oscura de su jardín
y estacionan un templo de miel en su corazón:
entonces no sé nada del presente ni del pasado
ni de cualquier otra prematura ambición.

Ya adentro, cuando levanto mis manos,
sospecho que mis ojos sobran, mis manos no alcanzan,
y entre alturas presiento la destrucción:
es como si alguien saliera cuando entro,
es como si llegara cuando ella no me está esperando.

Y cuando la beso
y un huracán de luces y retratos
arrastran el barco anclado en mi corazón,
adivino otras paredes adentro,
otras casas, otra puerta, otro jardín:
sé entonces que es confuso su territorio de indios
porque mi amor ya no la alcanza,
ya no la llega
ya no la toca.

AHORA COMIENZA LA GUERRA

AHORA COMIENZA LA guerra en el corazón:
ahora vendrá el derrumbe de alas,
y las sombras, juntando inviernos y ausencias,
empezaran a arrastrar mi alma
hacia el cementerio.

Ayer, cuando las calles eran nuestras,
sólo nuestras,
y su corazón poblaba el espacio en la cama,
mi corazón ocultaba sus cosas de mujer detrás de las puertas,
y nunca pensé desterrar sus huesos de mi alma.
A veces era hasta dichoso pensándola.

Ay, lo que fue este amor de ciegos bajo la luna:
cómo el otoño prolongaba las horas
mientras construíamos parábolas de amor en la cama:
mis manos entonces juntaban su corazón y el mío
y construían dos torres blancas en su alma.

Pero su sonrisa, su respiración de luces blancas
no duraron siquiera hasta la llegada del alba:
ella no tardó en pensar sólo para el corazón del otro,
para su figura construida con el dolor de la mañana:
sus besos derribaron las paredes construidas en el corazón,
las casas, las puertas establecidas en mi alma:
ella entonces salió a buscarlo de pronto:
salió huyendo hacia su casa.

Cuando el alba toque en la puerta,
cuando sus dos luces azules se despidan de mi corazón,
cuando su voz abandone mis labios,
cuando sus senos sean sólo dos estampas en el recuerdo,
comenzará la guerra y vendrá el derrumbe de alas,
y las sombras, juntando inviernos y ausencias,

empezaran a arrastrar mi alma
hacia el cementerio.

LEVANTAMIENTO

TODAVÍA HAY UNA muchacha
de ojos grandes más azules que el alba
rompiendo las cosas que se retrasan,
defendiendo mi corazón de entierros y amenazas:
en el silencio,
escucho sus dos lunas temblando,
escucho sus ojos,
escucho su alma.

Todavía hay un recuerdo que la noche acumula
y que el silencio distribuye en mi alma:
cuando, en la oscuridad,
ella sube a mi corazón,
su cuerpo levanta pianos,
rompe alfombras,
distribuye alas.

Todavía hay un recuerdo, un nombre
anclados exactamente donde el alma y el cuerpo
mantienen una eterna distancia:
sólo la lluvia y el silencio los vez
y sólo mi corazón los alcanza.

DESPUÉS DE TÍ

DESPUÉS DE TÍ, compañera,
después de ti
tus ojos
vendrán a descansar en el recuerdo mi alma,
y la soledad no será la misma
y mi corazón sólo será un granero intacto
en la tristeza.

Después de tus ojos, compañera,
después de tus ojos
sólo vendrán los cuerpos inútiles,
las almohadas nocturnas, tendidas en el recuerdo.
Sólo vendrá el idioma derrotado en el tiempo:
tu espacio permanecerá cerrado en la cama,
y seguiré preguntando
la pregunta tonta.

Después de tu cuerpo, compañera,
después de tu cuerpo
la tristeza transformará los espejos
y desterrará las dos estatuas del recuerdo.

Después de tu recuerdo, compañera,
después,
ya no podré huir con tu cuerpo por el alma:
ya no podré llenar tu cuerpo
con el olor de mi soledad:
mis manos andarán perdidas en el frío
y mi voz entrará al silencio.

TE ESTOY QUERIENDO

TE ESTOY QUERIENDO

sin remedios,
en mitad del frío, de la carne y del alma:
te estoy queriendo:
a pedazos,
a uñas,
a golpes
y amenazas.

Para entrar a tu dominio
(ese paso sin propósito de tus manos,
ese ruido mojado que entre destrucciones pasa cerrándose
cuando te proteges y echas en cara mis cosas de hombre),
armo mi amor de recuerdos, de días, de abogados,
de hachas, de corazones maltratados:
entonces mi caída es menos violenta, menos trágica:
cuando recorro tu cuerpo
puedo escuchar mis pasos.

Te estoy queriendo sin remedios:
adentro,
en el alma:
donde mi hora más triste a veces cae
cuando me echas de la cama
o cuando, ocultándote detrás de las fotografías de cumpleaños,
cierras la puerta con llaves
y me dices, desde dentro,
niño tonto, si estás triste;
o dulce borracho, si estás llorando.

III

MUSEO III

LA CANCIÓN DE AMOR DE J. ALFRED PRUFROCK

*Si yo creyera que mi respuesta fuera
a una persona que alguna vez podría retornar al mundo,
esta llama, sin más, quieta estuviera;
pero ya que jamás desde este fondo
escapa un ser humano, sí escuché verdad,
sin temor a la infamia te respondo.*

VAYAMOS, PUES, TÚ y yo
cuando la tarde se haya tendido contra el cielo
como un paciente eterizado sobre una mesa;
vayamos, entonces, por calles casi desiertas,
murmurantes retrocesos
de noches inquietas en hoteles baratos y de una noche
y empolvadas fondas con conchas de ostras;
calles que se prolongan como un argumento aburrido
de intención tediosa
que te llevan a una pregunta abrumadora...
Oh, no preguntes “¿Qué es?”
Vayamos a hacer nuestra visita.

En la habitación, las mujeres vienen y van
hablando de Miguel Ángel.

La niebla amarilla que lava su espalda en el cristal de las vidrieras,
el humo amarillo que lava su hocico en el cristal de las vidrieras
pasó su lengua por el interior de las esquinas de la tarde,

se quedó suspenso largo tiempo sobre los charcos de las cunetas,
dejó caer sobre su espalda el tizne que cae de las chimeneas,
se deslizó por la terraza, dio un salto súbito,
y, viendo que era una noche suave de octubre,
se enroscó una vez a la casa y se quedó dormido.

Y, en verdad, habrá tiempo
para el humo amarillo que se desliza a lo largo de la calle,
frotando su espalda sobre el cristal de las vidrieras;
habrá tiempo, habrá tiempo
para preparar un rostro que acepte los rostros que encuentres,
habrá tiempo para matar, habrá tiempo para crear
y tiempo para todas las labores y los días hábiles
que levanten y dejen caer una pregunta en tu plato;
habrá tiempo para ti y habrá tiempo para mí,
y habrá tiempo incluso para cien indecisiones,
y habrá tiempo para cien visiones y revisiones
antes de que tomemos una tostada y té.

En la habitación, las mujeres vienen y van
hablando de Miguel Ángel.

Y en verdad habrá tiempo
para preguntarse “¿Me atrevo?” y, “¿Me atrevo?”
Habrá tiempo para volverse atrás y bajar la escalera
con un lugar calvo en mitad de mi pelo.
(Dirán: “¡Qué ralo se le está poniendo el pelo!”)
Mi traje matinal, mi cuello que sube firmemente al mentón,
mi corbata, rica y modesta pero asegurada por un simple alfiler.
(Dirán: “Pero, ¡qué delgados son sus brazos y sus piernas!”)
¿Me atrevo
a perturbar el universo?
En un minuto hay tiempo
para decisiones y revisiones que un minuto revocarán.

Porque ya las he conocido a todas, a todas ellas:

he conocido las noches, las mañanas, las tardes,
he medido mi vida con cucharillas de café;
conozco las voces que mueren poco a poco
bajo la música llegada de un cuarto distante.
Entonces, ¿cómo podría yo atreverme?

Y he conocido ya los ojos, todos ellos:
los ojos que nos fijan en una frase formulada,
y cuando esté yo formulado, debatiéndome en un alfiler,
cuando yo esté clavado y retorciéndome en la pared,
¿cómo podría entonces empezar
a escupir todas las colillas de mis días y de mis costumbres?
¿Y cómo podría atreverme?

Y he conocido ya los brazos, todos ellos:
brazos con brazaletes y blancos y desnudos.
(¡Pero bajo la lámpara poblado de claros vellos castaños!)
¿Es acaso el perfume de un vestido
lo que así me hace divagar?
Brazos que reposan sobre una mesa o se envuelven en un chal.
¿Y podría yo entonces atreverme?
¿Y cómo podría empezar?

¿Diré: fui, al crepúsculo, por calles estrechas
y contemplé el humo que sale de las pipas de hombres solitarios,
asomados a sus ventanas, en mangas de camisa?..

Yo debí ser un par de manos andrajosas
que rasaron los suelos de mares silenciosos.

¡Y la tarde, la noche, duerme tan apaciblemente!
Alisada por largos dedos,
dormida... fatigada... o bien se hace la enferma,
extendida en el suelo, aquí junto a ti y a mí.
¿Tendría yo, después del té y los pasteles y los helados,
la fuerza para forzar el momento a su crisis?

Pero aunque he llorado y ayunado, llorado y orado,
y aunque vi mi cabeza (ya un poco calva) traída en una bandeja,
no soy profeta (pero esto no importa mucho);
he visto flaquear el momento de mi grandeza
y he visto al eterno lacayo recibir mi abrigo y sonreír estúpidamente,
y, en suma, tuve miedo.

¿Y habría valido la pena, después de todo,
después de las tazas, la mermelada, el té,
entre la porcelana, entre alguna conversación sobre ti y sobre mi,
hubiera valido la pena
haber hincado el diente en el asunto con una sonrisa,
haber comprimido el universo en una bola
para rodarlo hacia alguna pregunta abrumadora,
para decir: “Soy Lázaro, vuelto de entre los muertos,
vuelto para decírselo todo, se lo diré todo”.
Si una, acomodando una almohada junto a su cabeza,
dijera: “No es eso lo que quise decir, no es eso.
No se trata, en absoluto, de eso”.

Y hubiera valido la pena, después de todo,
hubiera valido la pena,
después de los ocasos y de los patios y de las calles regadas,
después de las novelas, después de las tazas de café, después
de las faldas que arrastran por el piso
(y esto, y tanto más).
¡Es imposible decir exactamente lo que quiero decir!
Pero como si una linterna mágica proyectara los nervios en
modelos sobre una pantalla:
¿Habría valido la pena
si una, acomodando una almohada o quitándose un chal
y volviéndose hacia la ventana, hubiera dicho:
“No es eso, en absoluto,
no es eso lo que quise decir, en absoluto”.

¡No! No soy el príncipe Hamlet ni es mi intención serlo,

soy un señor cortesano, uno que servirá
para llenar una pausa, iniciar una escena o dos,
aconsejar al príncipe; sin duda, un instrumento dócil,
obediente, contento de servir,
político, precavido, meticoloso,
lleno de altos conceptos, pero un poquito obtuso;
a veces, en verdad, casi ridículo:
casi, a veces, el Bufón.

Envejezco... Envejezco...

Usaré enrollados los extremos de mi pantalón.
¿Me peinaré el cabello hacia atrás?
¿Me atrevo a comer un melocotón?
Me pondré pantalones de franela blanca y caminaré por la playa.
Allí he oído a las sirenas cantándose una a otra.

No creo que canten para mí.

Las he visto cabalgar sobre las olas, mar adentro,
peinando los blancos cabellos de las olas revueltas
cuando el soplo del viento vuelve el agua blanca y negra.

Nos hemos quedado en los dormitorios del mar
al lado de muchachas marinas
coronadas de algas marinas rojas y pardas
hasta que voces humanas nos despiertan, y nos ahogamos.

“The Love Song of J. Alfred Prufrock”
T.S. ELIOT

ODA A UNA URNA GRIEGA

TÚ, AÚN INVIOLABLE novia de la quietud,
tú, hija adoptiva del silencio y del tiempo tardío,
narrador silvestre, que así expresa
una historia florida mejor que nuestras rimas:
¿Qué leyenda frondosa persigue tu forma
de dioses o mortales, o de ambos,
en Tempe o en los valles de la Arcadia?
¿Qué hombres o dioses son esos? ¿Qué doncellas remisas?
¿Qué persecución demente? ¿Qué lucha para escapar?
¿Qué flautas y timbales? ¿Qué salvaje éxtasis?

Dulces son las melodías escuchadas, pero aquellas no escuchadas
son más dulces: por lo tanto, ustedes suaves flautas, toquen;
no a los sensuales oídos, pero, más querido,
toquen al espíritu canciones sin sonido:
¡Bella juventud, tras de los árboles, no puedes abandonar
tu canto, ni nunca pueden esos árboles estar desnudos;
audaz Amante, nunca, nunca la besarás,
aunque casi lo hagas-mas no sufras;
ella no puede irse, aunque no tienes tu felicidad
por siempre amarás, y ella por siempre será hermosa!

Ah, ramas afortunadas, afortunadas que no pueden perder
tus hojas, ni nunca decir adiós a la primavera.
Y, feliz músico, infatigable,
tocando siempre canciones siempre nuevas.
Amor más feliz, más, más feliz,
siempre caluroso y aún sin disfrutar,
siempre anhelante y siempre joven;
lejos de toda la pasión humana que respira,
que deja un corazón muy doloroso y hastiado,
una ardiente frente, y una abrasante lengua.

¿Quiénes son esos que vienen al sacrificio?

¿A qué altar verde, oh misterioso sacerdote,
llevas esa novilla que le muge a los cielos
y toda su sedosa caderas con aureola vestidas?
¿Qué pequeño pueblo junto al río o la playa,
montañas construidas con ciudadela pacífica,
se ha quedado sin gente, esta pía mañana?
Y, pueblo pequeño, tus calles para siempre
estarán en silencio; y ni siquiera una alma para decir
por qué estás desolado, podrá volver.

¡Oh, pura forma ática, bella actitud, trenzada
de hombres de mármol y de doncellas excesivamente decorada,
con forestales ramas y la abrumada mala hierba!
Tú, silenciosa forma, nos inquietas
como hace la eternidad: ¡Pastoral fría!
Cuando la vejez esta generación derroche
tú permanecerás, en medio de otro infortunio,
siendo una amiga del hombre, a quien le dirás:
“La belleza es verdad; la verdad, belleza —esto es todo
lo que sabes sobre la tierra, y todo lo que necesitas saber”.

“Ode on a Grecian Urn”
JOHN KEATS

NOCTURNO PARA ACORDEÓN

He aquí: yo he guardado madera en el muelle.

Vosotros no sabéis

lo que es

guardar madera en el muelle:

pero yo he visto llover

a raudales

sobre los botes

y bajo los tablones esconderse la angustia a destajo;

bajo los flandes

y los robles,

bajo los cedros sagrados.

Cuando los guardias espiaban la noche

y la bóveda del cielo era un túnel grande

sin luz en los vagones

hice un fuego de astillas en la boca del lobo.

Vosotros no sabéis

lo que es

guardar madera en el muelle.

Pero todas las manos de todos los desarrapados

como una *farandola*,

hacían un juramento al abrigo de mi fuego.

Y era como un milagro

que alargaba las manos inertes.

Y en la niebla se perdían los pasos.

Vosotros no sabéis

lo que es

guardar madera en el muelle.

No sabéis la oración de los faroles de los barcos

—que son de tantos colores

como el mar bajo el sol:
que no necesitan velas.

“Nocturn per a acordió”
J. SALVAT-PAPASSEIT

IV

GRADO DE UNA TRISTEZA

QUÉ HARÍA CON tu carne en una noche tan triste
y tan sola como ésta,
compañera.

Qué haría con tus cosas de mujer soltera detrás de la puerta.
Qué haría con tu triste guitarra muriéndose de hambre
debajo de la tierra.

Qué haría con tu timidez saltando a la camisa desde tu boca muerta.
Qué haría con tus ojos de animal feroz,
con tus territorios de carne humana en tierra extranjera.

Qué haría con tus movimientos de cabellos,
con tu utilidad de alimentos,
compañera.

Qué haría con tus rodillas, con tus pies, con tus cosas
en una noche como ésta,
compañera.

Qué haría con tus violines de leche
que pasan por la oscuridad matando abejas.

Qué lejos parece todo aquello: el tiempo.
Y alguien está solo, y alguien llora detrás de la puerta:
alguien pregunta por tus gaviotas, por tus zapatos viejos
detrás de la puerta.

Alguien busca en el aire tus dedos blancos,
tu silencio de guitarra vieja,
tus inmóviles manos cubiertas de abejas muertas.
Y alguien sólo llora, sin odio: sólo llora, compañera.

MOMENTOS DE LA SOLEDAD

ACOMPÁÑAME AHORA, COMPAÑERA:

no evites tus viejas preguntas tontas,

no entierres mis ojos entre las hojas secas.

Pregúntame por el pueblo de ciegos enterrado en mi alma.

Pregúntame por mi verdadero nombre.

Pregúntame por Marinelly o sus dos inmensas alas.

Pregúntame algo:

dame la oportunidad de decírtelo todo y de pronto:

desde su inicio, ocultando abejas en el corazón,

protegiendo el cuerpo detrás de puertas cerradas:

podría decirte lo que llevo conmigo y callo,

lo que oculto detrás de la fotografías de cumpleaños,

lo que entierro en mi alma.

Pregúntame algo,

pregúntame por la puerta cerrada,

por la muchacha rubia en la galería de hielo,

pregúntame por las cosas ocultas en nuestros zapatos:

si no lo hicieras esta vez y de pronto

me iría muriendo entre risas y fiestas de abogados

y mis ojos aparecerían, un día, en tu alma, ahogados,

y mi alma moriría, viajando sola,

entre tus ojos azules y tus pechos cerrados.

ESCRITO SOBRE LA PUERTA

DESPUÉS QUE TE has ido,

los objetos, las cosas, los retratos se han reducidos:

cada día están más pequeños, compañera.

Nada permanece inmóvil:

es como si la vida terminara contigo,

compañera.

No es sólo tu vientre más poblado que la madera

ni tus dos torres blancas establecidas como templos en mi alma.

No son tus ojos que crecen en mi corazón como lámparas
Tampoco es tu voz que arrastra mi alma por tierras extranjeras;
no es sólo tu alma blanca creciendo en la tristeza:
es como si faltara tu alma en el aire, en el reloj,
en la puerta,
compañera.

No es lo mismo *vientre, alma, sombra, tristeza*:
no son las mismas palabras sin ti,
compañera.

En las noches,
cuando todo huele a tus ojos de ausente,
tu nombre arrastra mi alma por tierras extranjeras
y a las ventanas llegan barcos perdidos,
enamorado extraviado en la tristeza.
Como antes de comenzar tu exilio,
a las doce suenan los estómagos vacíos,
los ángeles despedidos del cielo;
pero las horas entonces ya no suenan en el reloj,
sino en el vacío de mi corazón, compañera.
Después que te has ido,
todo ha estado reduciéndose:
el tamaño de las cosas, de las ventanas, de las puertas:
todo se va reduciendo mortalmente, compañera.
Sólo sigue igual, grande, creciendo
mi tristeza.

ÁRBOL DERRIBADO EN LA NOCHE

HAY EN MÍ y en mi estómago, compañera,
un nombre, un silencio, una ventana cerrada por dentro.
Están también tus dos alas,
tus dos torres blancas,
tus dos lámparas azules estacionadas en el cielo.

Hay en mí un amor y un sueño tan inútiles, compañera,
y tantos números sueltos.

Si tan sólo fuera este cuarto de muertos, compañera.
Si fueras sólo alguien sin alma que llega desnuda al cuerpo,
si no llegara esa pareja de niños enamorados
húmedos y abrasándose bajo la lluvia.
Si alguien quisiera y se llamara Judas...
pero ya nadie quiere decir mi nombre.

Y ya no hay un número,
un nombre pronunciado en el silencio:
tan sólo algunas plumas, algunas luces,
un árbol, una ventana, celos,
y un enfermo del corazón
que en la oscuridad, con su boca,
busca tus dos lámparas azules estacionadas en el cielo.

SÓLO UN NÚMERO

YA NO HAY dos lámparas azules iluminando mi alma
ni dos torres levantadas en la nieve
ni una boca con alas conspirando contra el invierno
ni una puerta cerrada por fuera y abierta por dentro:
sólo el recuerdo de unos ojos, un río verde
naciendo y propagándose por unos cabellos
y un nombre desterrado en el silencio.

Ya no hay una corona de nieve abierta sobre el mapa
ni un barco pirata esperando en el puerto
ni el retrato en la pared preguntando por los enfermos:
sólo un número,
un espacio vacío

y un territorio blanco tantas veces visto.

NADA CAERÁ

QUIÉN SABE DÓNDE estarás, compañera.
Alguien probablemente alumbra su alma
con tus dos azules lámparas.
(Quizás ya los nuevos inquilinos
han encontrado mi corazón en tus zapatos
y han poblado ya de sonidos nuestra cama.)
Aquí, a veces, la espera no es tan larga:
el recuerdo cierra los círculos vacíos
y el calendario de la puerta precipita tu imaginaria llegada:
tus dos perfectas blancas estatuas entonces llegan a mi alma
y estacionan tus ojos azules en las fotografías de cumpleaños,
y tu color y tu nombre se propagan
por las cosas pintadas de blanco.

UN NOMBRE

OH COMPAÑERA DE recién corazón construido:
cómo me eres necesaria,
cómo te necesito ahora de pronto.

Oh compañera creciendo en ataúdes, en sonidos,
en ángeles,
cómo quisiera verte ahora y de pronto,
cómo me eres necesaria,
cómo te necesito
mientras duermo detrás de puertas grandes
y hoteles falsos.

Oh compañera de recuerdos grandes y de cosas en ruinas:
cómo necesito contar tus besos, entre pájaros,
cruzando por corredores,

por guerras, por instrumentos,
por corazones de extraños.

Oh compañera
cómo te necesito
para controlarme de pronto,
para escapar como el solo solitario,
para cruzar de súbito por territorios de novias solitarias,
sin caer dando golpes
y levantando las manos y los pies
para conservar el nombre en la boca.

PRIMEROS PASOS

1 I

CUANDO ESTÁ LLOVIENDO

CUANDO ESTÁ LLOVIENDO, amor, tus besos
suenan más lentos y más húmedos:
muestran sus alas y dividen sus números y sus flores,
y el aire apenas nos toca.

Cuando está lloviendo, amor, tus piernas
están más cerca de mis ojos:
están más seguras y más húmedas:
la tierra abre su madurez de hielo
y se deja llevar hasta la noche:
ni tu cuello ni tus dedos
permanecen ocultos en la sombra.

Cuando llueve y caen como niños hambrientos
pedazos de cielo y trozos de tierra,
me siento más unido a tus ojos.

Cuando está lloviendo, amor, me siento más lejos de tus vestidos
y más cerca de tu cuerpo,
y no es el aire
y no es el frío
y no son los ojos ni los labios
y no es el nombre en los árboles
y no es la sombra:
un oscuro vendaval de telegramas anda suelto.

Cuando llueve, amor, pienso en los árboles y en las hojas,

y sólo miro la sombra para encontrar tus labios.

A UN ÁNGEL SIN ALAS

AY MI PEQUEÑO ángel sin alas:
cómo caen los dedos mojados
cuando las palabras caen repentinamente
entre el vacío de mi alma y la torre de tu vientre
y tus pies se juntan con mis manos en el agua.
¡Cómo miro el reloj
cuando la cruel llega a tus ojos
y pregunta por mis cosas!

Ay mi pequeño ángel sin alas:
cómo a mi alma caen tus dos torres blancas
cuando la camisa y el vestido se nos olvidan sobre el retrato.
¡Cuántas lámparas enciende el silencio
cuando escuchamos los pasos
y nos besamos
sin preguntar por ella!

LA ENAMORADA

EN MIS MANOS, su corazón se confunde con la miel:
cuando lo toco, cuando lo beso
a mi alma llegan barcos piratas cargados de vino,
pezones de novias extraviadas en el invierno,
besos prestados a niñas en una infancia olvidada.

En mis manos, donde el amor a veces
colecciona sus modelos de primavera,
su corazón se levanta y anda:
recorre la carne cerrando puertas, abriendo ventanas,
y levanta una torre de miel
para proteger mi alma.
El beso, entonces, la precipita a la cama:

el invierno oculta la enamorada
que propaga la lluvia y rompe los espejos
para llegar a mi casa.

NADA MÁS QUE EL NOMBRE EN LA BOCA

QUÉ LENTÍSIMO Y largo es tu nombre: qué lento.
Inicia el proceso de metamorfosis en mi alma.

Qué lentísimo y largo es tu nombre: qué lento.
En mi corazón, sobrevive a las enfermedades de la familia,
sobrevive a las embarcaciones de la semana,
sobrevive a los colores de los meses,
sobrevive al silencio de los cines clausurados,
sobrevive a la tristeza y al llanto.

Qué lentísimo y doloroso es tu nombre: qué lento.
Muchas veces, a altas horas de la noche, en invierno,
lo escucho cuando pasa por mi corazón arrastrando tu alma.

MARINELLY

CUANDO TU CUERPO y tus ojos de melancolía suben por el agua,
cuando la naturaleza enumera los animales en tu boca,
yo estaciono mis brazos en la noche de tus cinturas
y espero la muerte:
pero tú eres de latidos apenas,
de frutos y resultados a veces,
y un color diminuto de azúcar nos acerca
en la sombra continua de los cuarteles amarillos:
presiento que te acercas desnuda y sin zapatos
y que penetramos de rodillas al silencio.

SUBEN HUESOS

SOSTENME EN TUS dos lámparas azules,
en tus dos torres de nieve, sostenme.
Sostén mi alma en tus dos alas blancas.
Sostén mi corazón en tu vientre de abeja.
Sostén mis ojos en tus dos manos abiertas.

Porque cuando te marchas, enojada,
a mi alma suben huesos,
suben viejos huéspedes y bajan estatuas.
Un llanto, entonces, una sombra, un dolor
separan tus pies de los míos en el agua.

Sostenme arriba,
sostenme en las alas de tu alma,
en tu corazón, en tus dos manzanas blancas:
porque es duro caer
y más cruel es levantarse.

ALGUIEN PASEA POR LA CASA

ARRIBA, ALGUIEN LEVANTA los calendarios
y desordena las cosas de mi amada:
a veces camina de pie,
cambiando retratos,
clausurando puertas,
inspeccionando camas,
reuniéndose con enemigos,
conspirando contra mi alma.

Alguien pasea de pie por la casa:
comparte las cosas con los enemigos de mi alma
y distribuye informaciones
sobre las lámparas azules
y la torre de mi amada.

Y abajo, yo estoy con ella
viendo pasar los barcos piratas,
pensando en corazones donde los pasos no suenan,
en territorios donde las manos sólo las manos
tropiezan con objetos nunca tocados,
en territorios donde los espejos no están colgados de la camisa:
pero los enemigos siempre terminan ganando la guerra
y celebrando sus nuevas fiestas de cumpleaños.

TU AMOR, MUCHACHA

TU AMOR, MUCHACHA: vaga luz de invierno y dos mapas cerrados.
Tu sombra lenta, tu casa oscura.
La puerta clausurada en tu pecho abierto.
Tu nombre y tus ojos en las manos.
La producción de tus senos subiendo por el agua.

Tu amor: la arena suelta y la guitarra de cambiante madera.
El sonido y la herida suelta.
El sol que vuelve de tus ojos con la ferretería del alba.
La hoguera silenciosa y el triángulo de tus labios.

Tu amor, muchacha: un toque de manos y un lento silencio.
El agua que se precipita por tu cuerpo
prolongando el invierno movable de tus ojos.
La virtud del mar y la herida de la arena.
El signo y el sueño doblegados: vamos unidos
de circulación a hilos, de ropas a noches, de flores
a mariposas, de ventanas a prisiones oscuras.

CASI LLEGANDO AL CUERPO

AHORA HAY EN tu cuerpo y en la humedad de tu cama
un círculo de hombres y de fantasmas y de cabezas rodeándote

como si quisieran ver tu cuerpo en actividad.

Algunos te verán en amor desnuda y transparente,
otros te adivinarán o a tus ojos en la oscuridad
o tocarán de tus piernas como multitud de fríos abiertas
o tratarán de encontrarte en el ruido solo de las ruinas:
algunos ya te habrán besado sin pedir permiso a la tristeza.

Y yo voy lento, seguro y sin prisa,
casi en sueño y con los ojos cerrados:
pretendo encontrar tu cuerpo en las sombras.

PATRIA EN EL FONDO DE UN LAMENTO

PODRÍA AMARTE DESNUDA
en la puerta violenta y cerrada por la lluvia,
y apartar de mí este dolor de ventanas submarinas,
esta sustancia de rocas, de costuras
nacidas del veneno del fuego, de la ciudad vacía.

Bien podría, en el agua,
amarte de brazos a brazos,
entregarte lo que por recuerdo y por amor te pertenece,
besarte como ladrón en tu estrechez de sombras
y de cinturas dispersas.
Bien podría, entonces.

Pero te amo más, patria,
cuando te veo paseando como cuchillo quebrantado
por la plaza del aire en *monikini*,
cuando amanece en las cuerdas huracanadas de las guitarras del agua,
cuando haces el amor en un beso público:
porque sólo así te entregas lentamente.

Entonces bien podría amarte

en el viaje permanente de las estrellas,
en los dedos largos detrás del sueño,
sin escribir estas voces huyendo, estos pájaros muertos:
pero ahora suben los amantes nocturnos
por la calle desarrollada en ropas viejas:
sólo tienes una inocencia de océano,
un corazón y un quebranto de niña:
y ambos no tenemos una guitarra
para combatir
este otoño de sombras,
estos silencios,
esta primavera.

Podría amarte, patria, siempre desnuda
en la puerta quebrada y cerrada por la lluvia:
pero en la iglesia de tu cuerpo
sólo me basta saber
que en el secreto del agua de la derrota me has amado
y entonces podría morirte sin rabia,
sin lágrimas:
tu llanto de siglos ha sido suficiente
para justificar estos ojos destrozados,
estas siembras reunidas de muertos,
estas distancias.

CUANDO EMPIECE LA PRIMAVERA

CUANDO LA PRIMAVERA empiece
y los pájaros y los árboles se establezcan en mi alma
tendré que decirles que te has ido.

Cuando la primavera empiece,
el agua crecerá en mis ojos
y alguien preguntará dónde están sus dos luces azules,
dónde su torre blanca,

dónde su cuerpo:
le tendré que decir que te has ido.

Cuando la primavera empiece
y condene todo lo verde a su temporal cautiverio
y sus ojos arrastren el cuerpo al cementerio
y los ríos se vistan de flores
y los árboles entierren las aves en sus sombras
y los telegramas sean más largos y las cartas más oscuras,
alguien vendrá y preguntará por ti
y sólo podré decir se ha ido,
no, no sé si se llevó sus zapatos y sus vestidos.

Cuando empiece la primavera
tus cabellos crecerán, en la distancia, a orillas de los ríos
y sobre los campos silvestres
y junto a las flores del tiempo,
pero tus ojos ya no abonarán el jardín de mi alma
ni sembrarán la luz en el espacio abierto sobre el pecho:
tu cuerpo ahora se ocupará de las sombras
y tus besos sólo podrán venir por correo,
en sábanas prestadas, en sobres urgentes.
Tus luces crecerán en el silencio
y tu corazón tendrá que ocultar mi nombre:
entonces vendrá el barco y alguien preguntará por tus hijos
y sólo le diré se ha ido;
no, no sé a dónde podrá haber ido.

Cuando comience la primavera
los agrónomos medirán tu cuerpo
y crecerán puentes en los manantiales de mis ojos.
Allá, te construirán vestidos para los juegos artificiales.
Aquí, los campesinos dirán pero dónde está,
se ha ido y se ha llevado nuestro pan.
Vendrán y me preguntarán qué ha sido de ella,
dónde están sus dos lámparas azules,

dónde está su torre que alcanza al cielo,
dónde sus senos que asustan al silencio,
los pájaros construían su nombre en el reloj del cuerpo,
el río abría manantiales para acariciar su pecho,
dónde podemos encontrar sus ojos azules,
dónde el oro que arrastraban sus cabellos,
quién la defenderá de los malos tiempos,
quién ocultará nuestros pies y nuestras manos en sus senos.

Miraré, entonces, el recuerdo: el jardín cerrado,
los cuerpos azules caminando de espaldas.
Se fue, les diré, se fue con ellos y nos dejó solos.

II

SIGUEN CRECIENDO RUINAS

DESPUÉS DE SU partida, en mi corazón inventé difuntos, golpes,
truenos,
entonces preparé el alma para el viaje al silencio,
cerré los calendarios en los ojos
y desterré nuestras fotografías en el invierno.
Pero en las noches, a veces,
escucho su alma cerrando puentes,
y siento su corazón entrando a mi cuerpo,
y presiento que ella mira el mar, en la distancia,
y pregunta por la hora
contemplando el barco blanco
que la está esperando en el puerto.
Y aunque me vista de sonidos, de truenos,
mi boca persigue sus dos lámparas azules hasta el silencio:
cuando mi corazón la toca
mis pies empiezan a enterrar los vivos,
y mis ojos empiezan a desenterrar los muertos.

COLOR DE UN NOMBRE

CUANDO ALGUIEN PASA, abajo,
gritando nombres de personas extrañas
y acontecimientos más raros,
la recuerdo como cuando iluminaba mi alma
con sus dos lámparas azules:
el corazón entra al túnel inmenso del recuerdo
y los barcos piratas van hundiéndose,
nafragando en mi alma:
al corazón entra una música, entonces,
que no cambia nunca.

Cuando alguien pasa, abajo,
gritando nombres de personas y acontecimientos extraños,
la recuerdo como cuando era desnuda entre mis manos,
pero ya no espero
porque sé que no vendrá,
porque sé que no entrará a la casa,
usando la puerta de atrás,
y no preguntará (como excusa, como pretexto) por la hora
o por la mano que parece siempre cerrada sobre la boca.

M. C.

I

SALID A LA calle, compañera.
Salid por mis barrios de arañas y silencios:
golpéame en la noche,
subes con las preguntas en el paraguas
y cuéntame sobre cosas vistas
o escuchadas detrás de la puerta.

Salid a las calles, compañera.
Paséate por donde vivo:
hazlo despierta, compañera:
porque como mapas abiertos andan los pies
cuando se juntan nuestras manos
y cuando nos quedamos dormidos
tristes y desolados
detrás del reloj de la puerta.

M. C.

II

¿POR QUÉ TAN bien y tan segura, compañera?
Por debajo, por la piel misma,
por el silencio que al alma sube como araña,
justo sobre el dormitorio habitado al mediodía,
pasan cosas extendidas y fríamente prófugas,
indefinibles en el corazón.

¿Por qué tan bien, compañera?
Ay, si conocieras mis calles de criminales y abogados blancos.
Ay, si te pasearas por donde la carne
mantiene una lucha constante con el alma.

¿Por qué tan bien, compañera?
Ay, si estoy tratando de levantar una torre
donde todo es tuyo
—incluso las lámparas y las sombras,
el silencio y las palabras—:
ay, todo todo todo.

ALUMBRAMIENTO PARA EL ALBA

SOLO, ALSOL, a la madera, al alba.
Solo, al nombre, a la sombra.

Sí, amor, solo, solitario, sombrío, triste,
con odio, con un poco de nostalgia por la muerte:
tus manos penetran al alba y no encuentran mis ojos:
sería el amor, sería la madera,
pero la luz conseguía su propósito de agua
y en el movimiento de mis piernas tus labios dijeron presente
y el sueño dijo, en español, gracias
y la cama dijo estoy aquí
y la niña hizo la pregunta tonta.

Y tú muchacha rubia, extranjera, de granos y lechos elaborada,

dulce en la noche y negra en el azúcar.
Tú, muchacha, y una guitarra para llegar al cuerpo.
El silencio, y después mis dedos andando tu pelo.

Solo, en la noche, en el derrumbamiento de agosto,
y después tus manos
y aún tus piernas.

REUNIÓN

ELLA LLEGÓ DESPUÉS del día,
tumbó la puerta abierta, enterró el corazón
debajo de las ventanas,
y entró a los cuartos, a los armarios,
y en mi corazón ya no se movieron barcos piratas,
marineros sin tierra,
sino hospitales, oficinas de abogados,
señoras que sonríen llorando.

Ella entonces entró a mi corazón:
en el silencio, sembró semillas;
en el cabello, enterró colores blancos;
en la piel, desterró niñas pálidas;
en el alma, estableció un puerto para barcos piratas.

Ahora, ella entra al corazón cuando quiere,
cuando quiere atraviesa mi alma:
a veces camina adentro, cortando el cabello,
distribuyendo objetos, estableciendo colores blancos.
Y ya no puedo hacer nada, controlarla:
ni con los pies
ni con las manos.

LOS MUERTOS SE QUEDARON SOLOS

PIENSO EN TU mar de paisaje abierto, ahora que estoy solo,
y el mar se cierra y el sueño ataca
y los pájaros corren por el alba con su carga de muertos
y ya soy tu hijo:
el cuerpo se abre.

Recuerdo tu nombre: paisaje abierto, paredes incorrectas.
La jaula azul y la mezcla del sueño.
Las hojas caídas sobre rodillas de novias maduras.
EL cuello del alba y los pájaros de la madera:
¿viste el aire y su línea de carne sobre el viento?
¿Oíste las aves, su leve amor,
su sonido de camisas estrujadas?
¿Viste la borrachera de las hormigas,
el criadero de las semillas?

Todos se han ido poco a poco con la voluntad de tu nombre:
el sueño, el sol, el cuerpo del agua.
La mirada del mundo romántico de la arena.
Los tejidos de tus ojos acosados por la agricultura.

La miel de los amantes y la ventana abierta:
la fruta enamoraba el aire
y la sombra desbocaba sus niños por el volcán silvestre
y el abrazo en el rocío fue lento:
los muertos se quedaron solos
y tu pelo entró vivo a las piernas
y tu corazón entró de repente a la primavera
como tu cuerpo al polvo y tus besos a mi alma.

CUANDO TERMINE EL INVIERNO

CUANDO TERMINE EL invierno
los árboles ocultarán su desnudez
y sus días más largos,

y yo me sentiré más herido que ahora
y la blancura de tus ojos será más larga
y la sangre pesará más en mi nombre
y la noche desterrará sus sombras en mi alma:
mis labios ya no se atreverán a encender tus dos lámparas.

Cuando el invierno termine
un río crecerá en mi alma
levantando un castillo en mis huesos:
la nieve visitará mis ojos
y el corazón buscará tu nombre en el puerto:
cuando llegues tarde en la tarde
todo estará muerto.

Cuando termine el invierno
el cementerio y sus muertos se quedarán solos
y los árboles reirán de delicia,
pero, ay, a qué precio,
a qué voluntad de agua y de tormenta.

Cuando termine el invierno
mis ojos irán vestido de luto a su entierro:
los niños grandes podrán sacar sus zapatos
y jugar a las sombras de mi alma
y la muerte anunciará la llegada de la noche
y los muertos visitarán mi corazón
y se sentarán en el comedor de mis ojos,
y tú serás arrestada a la entrada y dirás qué es esto,
qué se hizo la otra patria, la casa, el recuerdo.

Cuando termine el invierno
la tierra levantará nuevos castillos, nuevas catedrales,
y el barco pirata esperará inútilmente en el puerto:
no levantaré el corazón cuando a mi alma caigas de espaldas:
ay, a qué precio, a qué voluntad de agua han vencido:
treinta y tres hojas caídas en la noche

y el nombre de un cuerpo enterrado en la sombra.

III

LUZ EN EL AGUA

VEN AQUÍ, AMOR, a mis ojos,
y dime algo:
dime algo liviano que justifique la noche y la muerte.
Dime algo que cierre el abismo azul de esta primavera,
que oculte la transformación de este baile de cenizas.

Mátame con tu amor y con tu transparencia,
mátame con tus besos y con tus ojos,
mátame con tu muerte y el orgullo de tu nombre:
pero dime algo.
Dime *flor*, dime *ciruelas*, dime *mesas rotas*,
dime *olas* y cosas viejas, dime *sillas ahogadas*:
dime algo liviano que justifique la noche.

BÉSAME Y DÉJAME SOLO

AY, BÉSAME MUCHACHA tibia de medianoche y de miradas verdes,
cuando te mire a los pies y bese tus piernas,
cuando dibuje tu cuerpo con mariposas azules y con flores rojas.
Bésame, muchacha, y déjame solo
con la noche y los peces.

Ven, fruto de la lluvia,
y bésame en el resultado nocturno del agua.
Ven y cubre mi alma con tu cuerpo.
Después, bésame como nunca
y déjame solo.

Ya humedecerás las flores con tus ojos.

Ya descubrirás la noche con tu cuerpo.
Ya sentenciarás mi alma a la oscuridad.
Ya impugnarás mi suerte, como antes.
Ya amanecerás con mis caricias de monstruo sin novia
y con mi vaho a caballo ahogado,
pero ahora olvídale todo:
bésame bajo el recuerdo dulce de los retratos
y déjame solo.

ENTONCES LA NOCHE

¿QUIÉN, MIRANDO LA formación del odio,
puede decir te amo, me hace falta el calor de tus labios, tu alegría?
¿Hasta cuándo la infancia, la noche?
¿Por dónde cruzar tus ojos sin preguntar por el pan,
sin crecer en ojos de enamorados blancos?

¿Quién, hundido en el color,
podría nacer un domingo, un martes, un jueves?

¿Quién, levantado en la torre de tu cuerpo,
podría decir *no te amo, olvidé el recuerdo de tus manos?*
Quién, ay, dime quién.

Y YA NO HAY QUÉ ESPERAR

Y YA NO hay qué esperar,
la sombra dio su veredicto final:
no hay un espacio para sus dos lámparas azules.

Pero, ¿y mi amor?
¿A dónde podrías llevarlo sin ser amenazada
por las masas y el poder y las sastrerías de la sombra?
Y ellos y sus muchachas,
¿a dónde podrán llevar sus ojos?

¿Qué harán con nosotros?
¿Qué harán con la transparencia de nuestro amor
y con los viejos recuerdos?

¿Para qué les servirá tanto amor y tanta transparencia
y tanto odio y tantas cosas uniformes
a los perros y a la noche?

PRIMEROS PASOS, 2

I

UNA CARTA PARA UN CORAZÓN DE CARNE

NUNCA. NUNCA FUISTE mía
ni por dentro ni por fuera:
aún ahora, en lo brevemente blanco y bello.

Mira que nuestros cálculos
—los de las otras cartas—
fueron falsos y muchas veces falsos
porque
las cosas se han roto en mitades desiguales
—cuando precisamente pensaba en lo imposible, en lo total—,
porque
ahora la siento crecer en semillas,
donde se reúne lo triste y lo que no se dice.

Ahora —dos párrafos de introducción
ni preguntas sobre el nuevo compañero, ni saludos:
mira que no lo había pensado—,
me dio por pensar realmente en tí, en lo que fue tuyo:
me he preguntado
cómo te caerá mi carta.
Qué diablos: pensando en tí todavía

cuando
pienso en otra y mi corazón sólo la escucha a ella.
Pero te escribo —bien sabes lo de mi mano derecha—. Podrías
dolerte o reírte de mí.
Un poco atrás —y no sólo en el tiempo—,
la conocí, a ella y la otra entera:
 la de adentro y la de afuera.
Podrías preguntarte: dónde, cómo, y lo que quieras.

Pero si aún tienes aquel corazón sólo de carne,
podrás recordarlo en las noches cuando llueve,
cuando las horas suenan, pero no se escuchan:
fue en una oficina: estaba
colocando un anuncio de un registro comercial
—ella es una secretaria—
y yo le sonreí y ella me miró —a los ojos,
 porque
ella sólo mira a los ojos (mira que no me explico)—, y me habló
 adentro y afuera.

Mira que nuestros cálculos fueron falsos,
 porque
me estoy enamorando —y ahora enteramente y de verdad,
palabra por palabra—.
 Porque
en la última carta
aún te decía y me decías que no podría olvidarte, en las noches,
cuando llueve y uno no escucha las horas.

Y ella me ha preguntado si hay otra
y he respondido —qué extraño, qué seguro— que no,
 porque
no te recordaba:
la verdad que no recordé que cuatro meses atrás
me dejaste solo,
marchándote al extranjero con tu nuevo amante

porque
estabas segura —y tres veces segura—
que nunca podría olvidarte.

ALGUIEN LO DIRÁ CERCA DE SU BOCA

“QUÉ HERMOSO: SER periodista”,
me ha dicho Marinelly,
midiendo mis manos y mi vida
y mirando el olor de cosas perdidas de mis ojos.
“Es una hermosa profesión”, añadió:
pero es una verdad a medias:
aparte de unos amigos
siempre se sale perdiendo.

“Qué hersmoso: ser periodista”,
ha repetido Marinelly, apretando el silencio
que está sin dueño en la mesa.
Hermosa profesión, eso dijo.
Pero, ay, si alguien se lo dijera siquiera en la boca,
ay, si alguien lo repitiera en la noche, cerca de su cama:
a veces se corren riesgos —como quedarse sin camisas—
y —casi siempre— se viven dos vidas paralelas:
la que se vive en palabras cortas, difíciles,
la que se vive en una o dos cuartillas,
y la que nunca se vive ni se declara ni se escribe claramente
porque si se hace te rompen la cabeza o las manos o la boca
o esperan la medianoche, cuando nadie realmente duerme,
para vigilarte en los bares de mala vida,
en los lugares donde las mujeres huelen a papeles mojados,
y esperan el mejor momento para confundirte.

MÁS SOBRE MI PADRE

“PARA HACER Y ganar la guerra”, decía mi padre
—un experto matemático y váya—,

refiriéndose a las mujeres,
“sólo es necesario saber algunas reglas de contabilidad
y entender un poco de finanzas”.

Claro está: él podría decirlo
sabiendo tanto del asunto, no obstante
algunas derrotas sufridas en finanzas.
Digo mal: no obstante algunos enfrentamientos
de vez en cuando en la familia
poco usuales en el comercio, sobre todo
por los militares.
Desde luego, él siempre supo ganar muchas rayas
en el brazo derecho, por supuesto, por algunas guerras
que en principio parecían perdidas.

Quiero decir: supo mudar algunos números de contabilidad
y pasarlos a finanzas, casi siempre con buenos resultados
—porque de vez en cuando, alguien ponía un número de más
y mi padre perdía muchos libros buscándolo.

Ah, icómo hay que estudiar contabilidad y finanzas
para ganar algunas batallas!

MÁS SOBRE MI MAESTRA

MI MAESTRA NO aceptó el fallo ni el veredicto de la familia:
me citó a las once de la noche
a su casa de soltera.

Allí, en un cuarto preparado para novios recién casados,
me esperó vestida de novia y más bonita que nunca,
con varias camas a lo largo de la habitación.
Me entregó besos como estrellas blancas
y una virginidad que hedía a ciruelas maduras.
Me hizo hombre llorando, besándome como nadie,

como una loca matándose por el corazón,
abrazada de mi cuello para siempre.

En la mañana,
se casó con un compañero suyo del magisterio
de unos sesenta años:
pasaron la luna de miel en la segunda planta de la casa.
Pero a los seis días interrumpieron de nuevo su vida:
quedó viuda.

LAS PARTES

- ¿QUÉ DESEAS PARA tu cumpleaños?
- Un avión, un auto y un caballo.
- ¿Qué está pasando contigo y con tus retratos?
- Se los llevaron ellos: estaban armados.
- ¿Qué hay de malo en lo que estás haciendo?
- Una pregunta, fotografías y tal vez un cumpleaños.
- Pero ese señor tiene bellas casas en el campo.
- También es verdad que es bastante alto.
- ¡Insolente!
- De veras voy a pensarlo.

ABRIL

PARA DECIR “ABRIL abril abril”
es necesario tener una flor
en la boca de un fusil.

Para decir “abril”
es necesario tener en una mano una flor
y en la otra un fusil.

MINI-GALERÍA:
UN ANCIANO RECUERDA ABRIL

¿RECUERDO ABRIL? Sí y no,
dependiendo en el significado de “recordar”.
Abril denomina una estación, y sin embargo llega
entre el frío de marzo y el calor de mayo.
Si eso es recordar, probablemente sí recuerdo.

“An Aged Man Remembers April”
RAYMOND P. FISCHER

EN SUMA

NO ME OLVIDES, dijo ella en mayo,
y se fue:
reunió sus cosas de mujer,
pasó balance en la cocina, en el cuarto de dormir
y en la sala,
y no dijo nada.

No me olvides, dijo ella después que regresó,
un poco más vieja
y con huellas poco perdonables:
sin hijos,
pero con muchas manchas.

No me olvides: ni en la muerte, dijo ella
cuando la encontré en agosto con un nuevo amante:
aún cuando estés, bueno, con la otra.
Me gustas mucho y tanto, decía:
mañana estaré llorando.
No me olvides, dijo ella como asegurándolo:
pero siempre lo decía tan en serio,
tan apoyado en un origen de sal
como si estuviera sintiéndolo o llorando.

NO SUFRAS

Nada de sufrir, asustarse, tener cuidado,
besarse llorando,
cruzar la calle,
ir a bañarse a un río corriendo para atrás,
correr de espaldas hacia el parque
o hacer el amor con miedo y correr al río a llorar:
la carne humana es nutritiva.

La carne humana no es sólo comestible:
también es alimenticia.
El problema está en comérsela cruda.

ENTRE NOSOTROS: ABOGADOS

QUÉ TERRIBLE: CUÁNTAS dificultades
sólo por unos zapatos vacíos
encontrados en la puerta de la casa.
Ignorarán que en agosto mataron tres guerrilleros del sueño
y no sólo nadie los lloró de buena gana
sino que tampoco llovió, y váya:
nadie se enteró siquiera dónde los enterraron.

Pero ellos también tienen derecho:
para algo pagan impuestos, duermen con sus mujeres
y comparten el amor con sus amantes.
Se llevan algo; pero, bueno, ya se sabe,
también dejan a sus amantes embarazadas
y a sus mujeres cargadas de muchachos.
Porque todavía hay niñas que se duermen pidiendo agua.

Si pierdes el rostro, no te preocupes: tomas uno prestado.
Y si quieres otros, no te preocupes:
haz el amor después del desayuno,
tómate un buen descanso después de las tres,
mira desde lejos el mar

y prepara tus cosas de hombre:
gradúate de contable:
vete al extranjero.

II

HABLANDO DE EDAD

MI ORGULLO: HABER nacido en mayo, dice mi hermana.
Llamarme Francisco Alberto, dice mi hermano,
siempre enamorado de abril,
pero siempre condenado a vivir en el verano.
Entonces se habló de flores, de edad y hasta de estrellas
tendiéndose sobre la ventana de mi hermana.
Tener un avión de palo, dice mi otro hermano.
Mi orgullo: una iglesia, mujeres, un nombre
y otras cosas de menor importancia, dice mi padre.
Caer de golpe en la miel, dice mi abuelo,
y mirar, arriba, mis esposas muertas, flotando.
Dice mi madre: Que mis cinco casas
no las han destruido la lluvia ni mi antepasados.
Y es verdad: todas están orgullosas,
tienen provisiones para sobrevivir el verano
e incluso hay una estrella con dos lámparas azules
siempre iluminado los calendarios.
Alguien pregunta por mí, mi inventada casa en el campo,
y una que otra torre construida por antepasados.
Mi orgullo, digo —para decir algo—:
llevar un nombre de iglesias en el corazón
y en la carne el nombre de mi padre.

MI TÍA RECUERDA EL FUTURO

La noticia fue difundida en el noticiero de las doce:
Finalmente lo mataron.
“Qué bueno”, dije. Estaba solo con mi tía en la cocina,
pero muy pronto teníamos compañía: mi tía estaba llorando.
“No digas eso, querido”, dijo. Y aumenta el llanto.
Pero no dijo nada cuando le pregunté por qué estaba llorando.

Pensé (era mayo: aunque no crecieron las flores,
sí llovió mucho, porque recuerdo que en casa
fue necesario construir techos nuevos),
pensé, sí, que mi tía dijo eso (y además lloraba)
porque le dolía su muerte:
quizás habían sido amantes
en uno de esos turbios veranos.

Algunos años después tuve que pagar mis deudas
con el Gobierno (es decir, estuve preso;
pero nada de importancia:
contrariedades con el gobierno y cuestiones de clases).
Cuando retorné a casa, encontré a mi tía llorando
mientras escuchaba canciones y poemas
celebrando los hechos y andanzas del bienamado.
Dije: Qué bueno que lo mataron.
“No lo digas otra vez”, dijo. “Como ves,
Dios también tiene su calendario.”
Pero entonces, y aún no sé por qué, no pude preguntarle
por qué estaba llorando.

QUÉ HACERLE

TÍA MIRÓ EL retrato de la mujer,
pegado con hielo sobre la pared.
“¿Y quién es la reina?”, preguntó,
con esa segunda intención tan común en nuestros antepasados.
Ana Belén, dije, sin entrar en el pasado.
Pero mi tía no entiende de fábulas o de trabajos literarios.
Le canta a los ángeles, dije, que se han extraviados
buscando barcos piratas y criminales blancos.
Pero fue necesario recordarle mi felicidad en el teatro.
Ella entonces me odió, me odió
con ese rencor de gente sola detrás de cortinas y ventanas:
ella bien sabía que siempre soñaba con sus ojos

(dos lámparas azules que siempre iluminaban mi alma):
ellos siempre arrastran mi corazón hasta la puerta del alba.
“¿La que canta?”, preguntó, y añadió:
“Ah, sí. La que ocultas debajo de la cama”.
Y quizás pensó en la mujer
acostado con leproso en las camas de sal.
Acarició mi pelo, y me preguntó por la hora,
siempre esperando por mi segunda llegada.
Cuando desperté esa tarde,
en el suelo, sobre el agua que rápidamente subía a mi alma,
vi el retrato roto en dos mitades:
en ese momento tía salía del cuarto,
cerrando la puerta detrás de ella
y a riendas sueltas llorando.

QUÉ PODRÍA DESEARLE

AHORA SU NOVIA, que hasta hace poco
era mía,
me ha preguntado
casi llorando y de pronto
qué podría desearle.

Qué podría desearle, qué podría,
dice ella, y continua llorando
como si de pronto le importara tanto.

Qué muerte, dice,
qué muerte le desea a ese enemigo que crees tan cruel:
qué muerte.

Todo es un malentendido: un malentendido.
Ni siquiera le deseo la muerte:
aunque no puedo negar que a veces,
además de vida eterna, le deseo cosas ingenuas:

como que todas las cosas buenas le pasen
cuando esté durmiendo, soñando que tiene la mejor puta del barrio
o que el alba lo arroje desnudo a la historia
sin nombre, sin apellido, sin dinero, sin memoria.

NUEVAMENTE SOBRE MI PADRE

MI PADRE, QUE siempre exigía una gramática perfecta,
me pedía que pusiera un énfasis especial a los tratamientos,
cargos importantes y títulos, nobiliarios o no:
“no olvides escribirlos siempre en mayúsculas, hijo:
no olvides que son tan importantes y necesarios:
Dios, Divina Providencia, Hágase Su Voluntad”.

Pero nunca discutimos, entonces
—claro, porque después, bueno—,
la forma correcta de escribir Su Excelencia o Señor Presidente.
Quizás porque eran palabras tan usadas
que no necesitaban introducción o comentarios.
Pero recuerdo que mi padre
siempre las escribía en mayúsculas.
Excepto cuando recibió aquella noticia
sobre su inminente deportación y el exilio forzado:
de alguna forma olvidó lo que tanto me había enseñado:
“como usted ordene, señor presidente”
por ejemplo.

III

MUSEO IV

LORCA

LORCA
caminando
de noche
en un barrio
de mala vida
escuchó
una de sus canciones
siendo cantada
por una puta

él estaba conmovido
como si las estrellas
y las linternas
cambiaran de lugar

ni la canción
le pertenecía a él
ni la humillación
a la muchacha
nada
le pertenecía a nadie

cuando ella dejó de cantar
la canción siguió

la muerte debe ser algo miserable
algo miserable

D.M. THOMAS

ERROR DE PORTUGUÉS

CUANDO EL PORTUGUÉS llegó
bajo una lluvia torrencial
vistió al indio
¡Qué lástima!
Si hubiera sido una mañana de sol
el indio habría desnudado
al portugués

“Erro de português”
OSWALD DE ANDRADE

POEMA POLÍTICO

LA ENAMORADA DEL político
acaba de cumplir 22,
se reclina sobre los cojines, con su trago,
y no le podría interesar menos dónde está localizado
el refugio profundo más cercano, esos cojines;
por suerte
a ella no le importa mucho la política.

¿Y el arte?

Un poema entonado de Debussy, ella dice a menudo,
¿es eso una solución a alguna cosa?
Son esos cojines debajo de su culo.
Ellos responden a sus presiones de pana.
Es un mundo totalmente distinto.
El latón, después la percusión.

“Political Poem I”
PAUL BLACBURN

EL MUNDO LITERARIO

I

“Finalmente, después de cinco meses de mi vida —tiempo durante el cual yo no podía escribir nada que me satisficiera, y por el cual ningún poder me compensará...”

MI ESTIMADO KAFKA,
cuando hayas tenido cinco años, no cinco meses, sin escribir cuando hayas tenido cinco años con una fuerza irresistible encontrándose con un objeto inerte exactamente en tu ombligo, entonces sabrás lo que es depresión.

II

LA SEÑORA ESPOSA de Alfred Tennyson
contestó

cartas de ruegos,
cartas de admiración,
cartas con insultos,
cartas con preguntas,
cartas de negocio
y hasta cartas de editores.

Ella también

se ocupó de la ropa de su esposo
atendió su pie y tomó un trago
divirtió a los visitantes
lo protegió de chismes, calumnias y críticas

Y finalmente

(además de administrar la casa)
crió y educó a sus hijos.

Mientras todo esto estaba pasando,
el señor Alfred Tennyson se sentaba como un niño
encargándose de su negocio poético.

"The Literary World"
PHILIP LARKIN

ALGUNOS SERVICIOS MODERNOS

(Poema encontrado en el libro "Manual del Boy Scout", en 1936)

AYUDÉ LA COCINERA a desplumar un pollo.
Ayudé a un hombre de un solo brazo con su coche.
Ayudé a un hombre paralizado arreglar sus papeles.
Ayudé a un niño cruzar tres calles.
Un niño estaba enfermo; lo llevé a su casa en una silla de ruedas.
Entablillé y vendé pierna rota de un perro.
Quité goma de mascar del asiento del tranvía.
Fui al pueblo a buscar esposo de mujer enferma.
Removí el lazo alrededor del cuello de una vaca.
Atendí el niño de una vecina mientras ella bajaba al pueblo.
Hice libro de recortes para la Casa de los Olvidados.
Subí a un árbol de noche para buscarle un pollo a una señora.

"Some Modern Good Turns"
DENNIS DIBBEN

POR QUÉ LOS ESQUIMOS NUNCA CONTESTAN SUS CARTAS

QUIZÁS LAS CARTAS se toman demasiado tiempo
para llegarles: quizás las cartas
están solidamente frizadas y muy difícil de abrir.
Quizás los esquimos se las comen.
Quizás las usan como carnada.
Talvez las usan para embaldosar sus baños...

Yo realmente no sé por qué.
Yo personalmente nunca les escribo.

"Why the Eskimos Never Answer their Letters"
M T. BUCKLEY



RAMÓN PAREDES nació en un campo de La Isabela, en la República Dominicana. Vivió varios años en Santiago, donde trabajó para el periódico *El Día*, escribiendo diariamente dos columnas de espectáculos: “Ku-kara-makara” y, bajo el seudónimo de Emmanuel Bosch, “Aquí cultura”. También, mientras vivía en Santiago, colaboró en *La Información*, escribiendo artículos literarios para las páginas editoriales, y una columna, “Artistas: Un análisis”, para las páginas de espectáculos. Actualmente reside en Nueva York, donde estudió periodismo, en The City University of New York (CUNY), y producción de cine y televisión, en New York University. En esta última universidad también obtuvo una maestría en literatura española, y completó los cursos y pasó los exámenes necesarios para el doctorado.



Mujeres y otros homenajes (1995) agrupa los trabajos cortos (poesía y relatos) que escribió antes de radicarse, definitivamente, en los Estados Unidos, en 1983. Aunque se incorporan muchos trabajos que permanecían inéditos, muchos fueron originalmente publicados en periódicos y suplementos literarios en la República Dominicana: en el suplemento “Cultura” del periódico *El Nacional de ¡Ahora!*, en la página literaria del periódico *El Nuevo Diario*, en el suplemento “Isla Abierta” del periódico *Hoy*, en la página literaria del periódico *El Sol*, y en el suplemento “Cibao” del periódico *La Información*. También incluye versiones españolas, hasta entonces inéditas, que el autor hizo de poetas norteamericanos e ingleses (W. H. AUDEN, T.S. ELIOT, JOHN KEATS, CARL SANDBURG, PHILIP LARKIN, M. CARL HOLMAN, D. M. THOMAS, BRIAN PATTEN, PAUL BLACKBURN), brasileños (CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE, CECÍLIA MEIRELES) y franceses (MARIE NOËL).

RAMÓN PAREDES DE ISABELA no es ningún portento. Suficientemente influido por Neruda como la mayoría de nosotros en América, nos señala varias cosas:

a) Su vocabulario nerudiano: pájaros, lluvia, madera, alba, telegramas, zapatos, caballos, dulce, no es falso; pertenece a su Isabela como le perteneció a Pablo y en su Temuco.

b) El poeta no es sólo palabras, sino, cómo ensambla las palabras. Hay madurez y experiencia cuando el poeta, usando su don selvático crea términos y produce imágenes o metáforas inexplicables y quizás por pura asociatividad, que, sin embargo, denotan la zona a trabajar.

c) El surrealismo de De Isabela, es fruto de la absorción epocal y de sus lecturas, no de un ejercicio cierto de las técnicas del movimiento.

Solo, en la noche, en el derrumbamiento de agosto.

He ahí un verso, que en nuestra poesía, sólo Luis Alfredo Torres podría lograr con toda esa carga de ternura y desolación.

En el [poema “Derrumbamiento”], *Los verdugos estaban oscuros y sus sombras parecían caballos*, si bien es criticable lo de la nieve y los mismos verdugos y sobre todo el uso incorrecto del verbo, podrían ser oscuros, es decir “eran oscuros”, o poético, lo destacable, son esas “sombras que parecían caballos”, que es lo insólito, lo poético, pues.

El verso final es también valioso: “eran las seis, y algunos ciegos sin nombre te buscaban”.

Esos ciegos, “sin nombres” logran la difuminación del tacto, un sentido que, según Héctor Incháustegui Cabral, está ausente en la literatura nuestra, si exceptuamos, creo, a Freddy Gatón Arce, el más táctil de todos.

En el poema *Cuando está lloviendo*:

Cuando está lloviendo, amor, tus besos/ suenan más lentos y más húmedos:/ muestran sus alas y dividen sus flores.

La gracia no está en la sinestesia, en el absurdo de “sonar más lentos”, no, está en el verso final, en esa división insólita de “números y flores”; como cuando dice más adelante: “un vendaval de telegramas anda suelto”,

se sitúa como pocos poetas dominicanos, en el creacionismo puro de Huidobro.

MANUEL MORA SERRANO
"Revelaciones", Listín Diario
18 de Febrero de 1983